

vr vida religiosa

Marzo 2022-número 3 vol.133

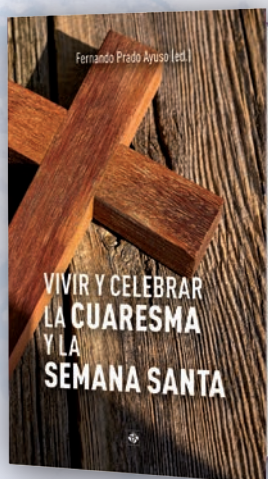
Dar la cara y mirar de frente a los abusos

**R. Luciani: «Es el momento eclesial más
importante tras el Concilio»**

**Caminando juntos, pero ¿hacia dónde?
Sinodalidad bíblica**



NOVEDADES



VIVIR Y CELEBRAR LA CUARESMA Y LA SEMANA SANTA

FERNANDO PRADO AYUSO (ED.). Páginas 104. p.v.p.: 10 euros

La Cuaresma es un camino que nos prepara espiritualmente y que desemboca en la celebración del Misterio de la muerte y resurrección del Señor. Este libro se compone de breves explicaciones sobre estos tiempos litúrgicos, y sencillas propuestas para vivirlos.

101 ORACIONES MINIMALISTAS

PEDRO M. SARMIENTO. Páginas 120. p.v.p.: 8 euros

«¿Por qué nuestras oraciones son tan complicadas, extensas, explicativas y algo aburridas...? Aquí está el propósito de este libro: orar con ligereza, en cualquier situación, y con un mínimo de palabras. Tú, lector, escribirías muchas más de ciento una oraciones. Solo necesitas creer en su luz y bailar a su ritmo en la tibieza de su calor».



**INTER
GENES**

Desplegables al servicio
de la evangelización

Un proyecto para parroquias, templos,
santuarios, colegios, residencias universitarias,
residencias de mayores, hospitales, centros
pastorales...



Solicítelos en nuestra web: www.intergentes.es



Publicaciones Claretianas
Juan Álvarez Mendizábal, 65, dupdo. 3º - 28008 Madrid - Tlf. 915 401 267
Fax: 915 400 066 - publicaciones@publicacionesclaretianas.com

www.publicacionesclaretianas.com

EDITORIAL



L. A. Gonzalo DÍez
DIRECTOR
DE VIDA RELIGIOSA

Dar la cara y mirar de frente a los abusos

Es evidente que tenemos una historia. Y la mirada hacia ella, en conjunto, es de agradecimiento. Pero con la misma hondura y emoción ha llegado el momento de dar la cara y atrevernos a mirar de *frente a los abusos* —como titulamos la columna presente en VR desde hace años— para erradicar una lacra, desgraciadamente más presente que lo que nuestra imaginación podía sospechar. Aunque solo hubiese ocurrido en una ocasión, aunque solo contásemos con una víctima, es más que suficiente para cambiar el rumbo, transformar estilos, convertirnos y reparar un crimen que sonroja y avergüenza la vida y misión que hemos recibido.

Lamentablemente no es un caso y no es el momento de querer «tapar el sol con un

dedo». Es el momento de investigar, reparar, acompañar e indemnizar; es el momento de transformar la formación, la selección, la convivencia y el cuidado de la afectividad. Es el momento de la Gracia, porque quien quiere libertad se abre a la experiencia del Espíritu sin miedo y sin lamento. Con decisión y con paz.

Soy de los que piensan que de este episodio tan cruel vamos a salir mejores. Vamos a aprender a no temer la luz que ilumina y no avergüenza. Vamos a aprender a dejarnos pensar y reconocer, sin temor alguno al peso de las palabras, el des crédito o el juicio.

Hay, sin embargo, varias cuestiones complejas que aparecen con intensidad en este ambiguo proceso de esclarecimiento de hechos y víctimas.

La primera es querer reducir toda la vida y misión a la cuestión de los abusos de menores. Quien no diferencia confunde y, evidentemente, la vida es mucho más porque, no lo olvidemos, también «sobreabundó la gracia». Por eso, cuidado con quienes convierten la vida en una única especialidad «antiabusos», porque ahí se nos está colando un vedetismo de temporada. Para posicionarse contra los abusos hay que fortalecer la convicción, colaborar con la investigación, alejarse de los focos y cuidar la normalidad de la relación y espiritualidad. Segunda. No desviar la atención. Asumir la realidad y encajar la vergüenza. Como Iglesia ni nos legitima ni nos sana el «y tú más» con el que, en ocasiones, se pretende amortiguar el golpe afirmando que es un crimen

social y está presente en muchos ámbitos de la sociedad. Lo cual es cierto. Pero, insisto, un solo caso dentro del espacio de la comunidad eclesial, que tiene por vocación servir y representar al Reino, tiene una magnitud y unas consecuencias trascendentales.

Tercera. Tenemos que entender que no es un problema de mensajero, aunque haya mensajeros que tras estos pasajes pretendan minar la credibilidad de la Iglesia. Minan la credibilidad los hechos en sí y el querer ocultarlos. La clave con los medios de comunicación no puede ser otra que la transparencia sin obsesión; la información

sin escarnio y la colaboración sin sumisión ni miedo.

Cuarta. Lo único importante son las víctimas y que no vuelva a haberlas. El drama no lo soluciona el silencio, sino la restitución. No hay dos personas iguales y no se puede abordar un problema sistémico sin acoger el rostro, historia, necesidades y dolencias de cada persona abusada. Esta Iglesia y esta vida consagrada necesita llorar y reconstruir aquello que ha roto para tener porvenir.

Quinta. El camino es la formación. El cuidado. La integración afectiva. El discernimiento vocacional. Grandes titulares. Grandes palabras sobre las que tenemos infini-

dad de tratados y encuentros en nuestras espaldas. Grandes principios que necesitan ser personalizados y para ello es imprescindible el diálogo y el discernimiento, la calidad comunitaria y la normalidad relacional.

Sexta. Ha llegado el momento de la acción. No es hora de más declaraciones rimbombantes, sino de compromisos claros con las personas y sociedades heridas por el abuso. Es hora de decisiones firmes que creen espacios comunitarios donde la persona sea, se sienta querida y aprenda a querer. Porque si algo es y quiere ser la vida consagrada es sobreabundancia de Gracia para todos.

Nuestra portada

El cuidado de los más pequeños es la garantía del cambio social, del sueño de fraternidad. En el ADN de la vida consagrada está subrayado que su lugar está al lado de los más vulnerables. Entre ellos sobresale la infancia. Sería imposible poner por escrito la inmensidad de Reino entregado a los más pequeños por parte de los consagrados. Han sabido encarnar la paternidad/maternidad de Dios de manera abnegada, callada, constante y eficaz. Se han desvivido y se desviven para forjar, desde la infancia, personas con valores, personas de bien. Así ha sido la inmensa mayoría... pero ha habido delitos. Y ahora es el momento de asumir, sanar y reparar. Es, por supuesto, un tiempo de Gracia.

Volumen 133. Nº 3 Marzo 2022



Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel.: 915 401 262 - Fax: 915 400 066 - e-mail: secretaria@vidareligiosa.es

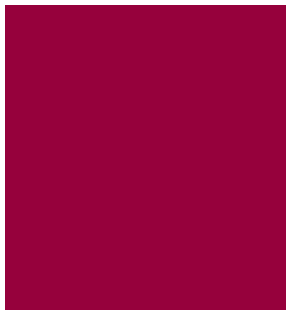
Suscripciones: Tel.: 915 401 238 - e-mail: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 63 euros (IVA incluido).

Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 94 euros ó 102\$ USD.

Otras naciones: 67 euros ó 72\$ USD. Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

Índice



04 En camino,

Alberto Ares

05 Mirada con lupa: Rafael Luciani,

Luis A. Gonzalo Díez

12 Cuaresma sinodal,

Bonifacio Fernández

16 Femenino singular,

Cristina Inogés

17 Caminando juntos, pero ¿hacia dónde?

Sinodalidad bíblica, José Cristo Rey García

20 Hablando en dialecto,

Dolores Aleixandre

21 Retiro. Hacer nuestra la mirada de Dios.

Mística de ojos abiertos,

Álvaro R. Echeverría

29 Vivir es así de simple,

José Tolentino de Mendonça

30 El año litúrgico, arquitecto y

escultor del discípulo, Pilar Avellaneda

40 “La misión de la vida consagrada

frente a los abusos”,

M^a Rosaura González

41 La anormalidad de los normales (II),

Gonzalo Fernández

46 La sonrisa en la mirada,

Jorge A. Sierra

47 ¡Hagamos que suceda!,

Daniela Cannavina

48 Lectura recomendada,

Francisco Javier Caballero

Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos)

Director: Luis A. Gonzalo Díez

Subdirector: Pedro Sarmiento

Consejo de Dirección: José Cristo Rey García

Consejo de Redacción: Asunción Codes, Luis González-Carvajal, Félix Martínez Lozano, M^a Luisa González,

Joaquim Erra i Mas, Segundo L. Pérez, Francisco J. Caballero - Depósito Legal: M-2.582-1.958 ISSN: 0211-9749

Maquetación y diseño: Araceli López-Pastor, M^a Ángeles González, Pedro M. Sarmiento

Foto de portada: Pixabay - Imprime: Din Impresores.



Barrios

Alberto Ares

DIRECTOR DEL SERVICIO JESUITA A REFUGIADOS - JRS EUROPA

“ La amistad con los pobres nos hace amigos de Dios” (Ignacio de Loyola).

Nuestros barrios han sufrido en estas últimas décadas un proceso de cambio muy fuerte. Una población obrera envejecida, convive con población de origen inmigrante, más joven. En algunos casos, existe población de etnia gitana, y nuevos sectores de clase media gentrificados. Barrios muy diversos en orígenes y vínculos.

Barrios donde la crisis económica ha calado hondo y donde la inversión en políticas de cohesión social y convivencia ha brillado por su ausencia. Esto ha ido generando un malestar social con niveles de desempleo elevados, precios de vivienda altos, salarios bajos, pisos pequeños y en mal estado, deficientes servicios públicos, además de masificados.

Asimismo, el elemento asociativo y de espíritu de cuerpo, que cimentó nuestros barrios está en pleno proceso de retroceso, salvo contadas excepciones, dando paso a un sujeto social mucho más desligado entre sí, donde el sentimiento de comunidad tiende a desaparecer o a segmentarse hacia el interior de cada grupo.

En estas últimas décadas las personas de origen inmigrante se han convertido en la diana del malestar social, cuando todos los estudios demuestran la riqueza de la diversidad. Los partidos tradicionalmente de izquierda han ido alejándose de nuestros barrios, sin presencias significativas, dejando cancha a partidos populistas que van recolectando y amplificando este malestar social. Es en ese contexto donde la vida religiosa y la Iglesia que tradicionalmente ha sido un agente y pilar en los procesos

comunitarios, ha ido perdiendo vigor, aunque en algunos casos sigue siendo significativa. No es infrecuente ver como la reestructuración dentro de la vida religiosa ha hecho posicionar la balanza hacia estilos comunitarios que sostienen grandes instituciones en detrimento de la presencia en los barrios y juntos a los más pobres.

La profecía de nuestro tiempo nos coloca en las fronteras, en estos espacios donde se juega el futuro de nuestros pueblos. Los barrios son esos espacios de frontera, de periferia donde encontrarse con la vida que fluye a borbotones, espacios en ocasiones de ruptura, pero también de encuentro y amistad, donde nos jugamos el presente y el futuro de nuestras sociedades diversas. Si la vida religiosa está llamada a vivir y a caminar en las fronteras, la vuelta a nuestros barrios es una prioridad que no podemos eludir.

MIRADA CON LUPA



Rafael Luciani

Es el momento eclesial más importante tras el Concilio

ENTREVISTA

Laico venezolano, Profesor Titular de la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas y Extraordinario en la Escuela de Teología y Ministerio del Boston College. Perito del CELAM y Miembro del Equipo Teológico Asesor de la CLAR. Coordina el Proyecto Iberoamericano de Teología. Es miembro del Grupo Intercontinental *Peter & Paul Seminar* para la reforma de la Iglesia y ha sido nombrado Experto de la Comisión Teológica de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos.

Luis A. Gonzalo Díez
Director de VR

¿Hemos tomado conciencia en la Iglesia de estar en misión compartida?

El Concilio Vaticano II nos dio la eclesiología necesaria para comprender que todos y todas somos corresponsables en la misión de la Iglesia y, por tanto, dicha misión se realiza por medio del reconocimiento y la puesta en práctica de la diversidad de ministerios, carismas, dones y servicios que puedan existir. Para explicar esto suelo hacer referencia a las palabras del Cardenal Suenens después del Concilio cuando aún no éramos conscientes de las implicaciones que tenía el

haber redescubierto a la Iglesia como Pueblo de Dios y la corresponsabilidad que esto conlleva. Creo que hoy estamos en una situación análoga.

Hemos entrado en una nueva fase en la recepción del Concilio en la que se ha recuperado el carácter central y normativo de la eclesiología del Pueblo de Dios, a partir del capítulo II de *Lumen Gentium*, pero aún estamos en un proceso de asimilación de lo que esto implica para las relaciones entre todos y todas en la Iglesia. En el fondo se trata de creer lo que significa ser sujetos en la Iglesia, y no

objetos, ya que por el bautismo gozamos de una misma dignidad.

A veces no creemos que estamos ungidos por el Espíritu y, por tanto, habilitados para hablar, ser escuchados y tomar decisiones pastorales en conjunto. En una Iglesia Pueblo de Dios el poder hablar con libertad y el ser escuchados son derechos y deberes de todos por igual, desde los obispos hasta los laicos como dice la *Lumen Gentium* y también lo recuerda el papa Francisco en *Episcopalis Communio*. Sin embargo, el reconocimiento que la autoridad debe hacer de la palabra del otro



Foto: Synod.va

o la otra es un deber de la jerarquía, sea del ministro ordenado como del superior o superiora de una congregación. Aún nos falta mucho por aprender lo que significa la lógica eclesial del conjunto, del caminar juntos, del discernimiento en común, de elaborar decisiones entre todos, en fin, el consenso eclesial de todos los fieles propio de la Tradición de la Iglesia Católica. Todo ello implica la noción de misión compartida.

¿En qué consiste su misión en el proceso sinodal en el que nos encontramos?

Creo que estamos viviendo el momento eclesial más importante después del Concilio. Primero, por la recuperación de la eclesiología del Pueblo de Dios y, segundo, por su profundización a la luz de la teología de la sinodalidad. En este contexto, la Iglesia entera ha sido convocada a un Sínodo. Es un acontecimiento inédito porque no han sido convocados solamente los obispos, como era la práctica de los sínodos anteriores. Se ha puesto en marcha un proceso de escucha a todas las personas en cada comunidad de vida cristiana a lo largo y ancho del planeta. Aún más, el Sínodo se abre

a los no católicos porque la Iglesia necesita escuchar los reclamos que la sociedad le hace hoy en día para que se convierte y reforme, espe-

Buscamos un nuevo modelo institucional sinodal en la Iglesia

cialmente a la luz de la crisis de los abusos.

En este contexto, creo que mi papel es el de servir desde mi experiencia pastoral y reflexión teológica como laico. Como miembro de la comisión teológica estoy al servicio del Secretariado del Sínodo y desde este servicio mi tarea es la de escuchar y acompañar con un discernimiento comunitario la reflexión teológica que se vaya necesitando y produciendo a lo largo de este proceso de dos años. Pero no me refiero a una acción mía como individuo aislado. Mi participación también supondrá aprender a vivir este proceso trabajando junto al resto de mis hermanos y hermanas que forman parte de todas comisiones del Sínodo, como son la teológica, la de espiritualidad, la de metodología y la de comunicación. Por tanto, lo que pueda

hacer y contribuir nacerá de un diálogo interdisciplinar y de un discernimiento en conjunto con tantas otras personas que forman parte de todas las comisiones y del Secretariado del Sínodo.

Pero también tengo otra responsabilidad que vengo realizando desde mucho antes de la convocatoria a este Sínodo. La de acompañar los procesos de formación de la Iglesia en América Latina en la sinodalidad y todo lo que esto supone para la conversión y las reformas en la Iglesia. Por ello, aparte de mi trabajo docente y de investigación, dedico gran parte de mi servicio teológico a estar con comunidades de vida cristiana, parroquias, diócesis y conferencias episcopales que quieren profundizar en la eclesiología del Pueblo de Dios y la búsqueda de un nuevo modelo institucional sinodal en la Iglesia, con todo lo que esto implica para la renovación pastoral y ministerial de la Iglesia, así como para buscar nuevos modos de proceder en la elaboración y toma de decisiones en la Iglesia, en la participación de las mujeres a todos los niveles y en la escucha permanente a la sociedad actual y sus desafíos. En fin, vivo la

teología como una vocación, como un servicio para hacer ver que la sinodalidad nos ofrece un modelo institucional diverso, donde todos nos necesitamos reciprocamente para poder completarnos en nuestras vocaciones y así realizar juntos la misión de la Iglesia.

¿Dónde radica, según Usted, la tentación del clericalismo en la Iglesia?

El problema del clericalismo es que no es una simple actitud que podemos individual y luego sanar. Se trata de toda una cultura eclesial que hemos heredado de una eclesiología piramidal y desigual en la que los ministros ordenados se creen superiores al resto de los fieles por el mero hecho de la ordenación. Esto genera una serie de actitudes, ya señaladas por el papa Francisco desde el 2013, que convergen en el abuso de poder a todo nivel y de muchas maneras, desde lo económicos hasta lo sexual. El *Documento preparatorio del Sínodo* sobre sinodalidad lo explica muy bien en el número 6, que recomienda leer mucho.

Por ello, hemos de retomar y profundizar la llamada que hiciera el Concilio Vaticano II en *Unitatis Redintegratio* 4 y 6 a generar procesos de conversión y reformas per-

manentes. No basta un cambio de mentalidad o una mera actualización de los planes pastorales. Yves Congar, el famoso dominico perito en el Concilio, decía que hace falta algo más que el simple *aggiornamento* de la iglesia. Hace falta superar la juxtaposición, falsamente creada, entre conversión de las mentalidades y reforma de las estructuras. Si las estructuras, como pueden ser los seminarios y las parroquias, entre otras, siguen siendo cauce para el clericalismo, no habrá Iglesia sinodal. Se necesita un nuevo modelo institucional para que la sinodalidad sea efectiva. El número 27 del *Documento Preparatorio* nos dice algo muy importante que debemos tomar en cuenta para no defraudar al Pueblo de Dios. Dice que “si no se encarna en estructuras y procesos, el estilo de la sinodalidad fácilmente decae del plano de las intenciones y de los deseos al de la retórica, mientras los procesos y eventos, si no están animados por un estilo adecuado, resultan una formalidad vacía”. Es mucho lo que esto implica.

¿Cómo ve en general a los consagrados en el compromiso con el camino sinodal?

Creo que la vida religiosa puede jugar un papel deter-

minante en el camino sinodal por la extensión y diversidad de su alcance pastoral. Cuenta con colegios, universidades, centros de acción popular, comunidades eclesiales de base, grupos organizados de pastoral, parroquias, centros de atención médica y tantas otras obras que pudieran ser integradas en los procesos de consulta y discernimiento que se piden en el *Documento Preparatorio* y en el *Vademecum del Sínodo*. Además, puede ser beneficioso que la vida religiosa también escuche los cambios que la sociedad nos pide hoy como Iglesia, porque la misma vida religiosa ha sido responsable de la crisis actual de abusos y de clericalismo en la Iglesia. No es una burbuja. Por ello, las propias congregaciones tienen la gran tarea de renovarse sinodalmente y reconfigurar sus modos de discernir, elaborar y tomar decisiones, integrar al laicado y escuchar a la sociedad.

¿Qué propondría a las congregaciones y órdenes para caminar en sinodalidad con el resto del pueblo de Dios?

Es importante que el proceso sinodal logre una mayor integración de la vida religiosa a la vida en general de la Diócesis y que la vida religiosa no se reduzca a trabajar

por sus propias obras. Debe haber una mayor integración en los procesos de organización, consulta, discernimiento y redacción de los documentos. Esto sería importante porque le permitiría aprender a trabajar junto a los presbíteros, laicos y laicas, obispos y demás fieles que conforman y hacen vida en cada Iglesia local. Es una buena oportunidad para tener experiencia de trabajar con aquellos que no están en la propia congregación o participan de sus

obras pastorales. Es un momento que puede servir para la renovación y la resignificación de las congregaciones y órdenes religiosas.

La sinodalidad da miedo porque nos invita a repensar el ejercicio del poder

¿Cómo definiría el momento eclesial? ¿Es un momento esperanzador?

Es un momento de grandes desafíos porque hay mucha resistencia pasiva o

indiferencia, y no sólo crítica pública que es la que más vemos. La sinodalidad da miedo, incluso a la vida religiosa y no sólo a los obispos, porque nos invita a repensar los modos de ejercicio del poder en la Iglesia. Por ejemplo, nos podemos preguntar los modos como tomamos decisiones en la

Iglesia y con quienes las tomamos. A veces el superior o el obispo toman una decisión solos o consultando a unos pocos sin involucrar a la mayoría de los fieles y nos





encontramos con decisiones autoritarias o clericalistas que luego no crean vínculo con las comunidades y se crea una desconexión y desánimo en las personas.

Pero también es un momento de grandes retos porque nos toca revisar “cómo estamos caminando juntos en la Iglesia”. Esta expresión ha sido muy mal usada y de modo muy *light*. Si leemos el *Documento Preparatorio*

del Sínodo en sus números 28 y 29 nos explica, con claridad, que se trata de discernir “las relaciones entre los sujetos eclesiales y las estructuras en las que viven”. Además de la relación de la Iglesia con la sociedad actual. Esto supone, entonces, una enorme sinceridad para reconocer dónde hemos fallado, lo que debemos cambiar y lo que nos falta por hacer. Y esto solo se logra cuando hay una

conciencia clara de la eclesiológia que realmente vivimos que, en muchas ocasiones, es piramidal y pre-conciliar, y nos da miedo estudiar, actualizarnos y cambiar.

Como profesor de teología, ¿cree que la formación teológica actual está inspirando nuevos caminos de misión?

Depende, porque hay centros de formación, sean

seminarios diocesanos o casas de formación religiosa, donde aún se sostiene y extiende la mentalidad clericalista. Basta revisar cómo las religiosas son tratadas con menos derechos en relación al acceso a los estudios de teología. Algo injusto. Cuando yo estudié teología ni los laicos ni las religiosas (mujeres) podían estudiar teología. Ya eso ha ido cambiando. Sin embargo, continúa, muchas superiores no invierten en la formación de sus religiosas porque consideran que estudiar es algo secundario y no importante en la Iglesia, es solo para los religiosos hombres que serán ordenados. De este modo solo se sigue profundizando la falsa yuxtaposición entre teología y pastoral que tanto daño ha hecho. Una pastoral sin una buena teología puede ser muy dañina. Creo que sin la renovación de los centros de estudio teológico-pastorales, sin una profunda revisión de los pensamientos, de los contenidos que se estudian o del profesorado que se contrata, será difícil el cambio de un modelo institucional sinodal necesario para la Iglesia del tercer milenio, porque siempre

adolecerá de la eclesiología del Pueblo en consonancia con la actual recepción del Concilio Vaticano II.

Hay centros de formación teológicos que mantienen una mentalidad clerical

¿Qué es lo que más valora el laico Rafael Luciani de los consagrados?

Creo que se puede destacar la tradición que hay en algunas congregaciones de discernir en conjunto, de escucharse los unos a los otros y compartir una vida de oración y en acción pastoral. También, como en el caso de América Latina, algunas congregaciones o algunos religiosos y religiosas han sido abanderados y profetas de los grandes cambios que luego sucedieron. Esa voz profética es importante, pero se siente cada vez menos. Y es una voz profética que no solo debe expresarse en relación a lo social, económico o político, sino también con miras a la propia autocrítica de las estructuras eclesiales, pidiendo una mayor fidelidad al Jesús de los Evangelios y al Espíritu que habla hoy a las Iglesias pidiendo renovación y reformas.

¿En qué (quién) apoya su esperanza?

Pudiera cerrar la entrevista diciendo que mi esperanza está en Jesús. Sin embargo, dicho así, sería muy simplista. A mi siempre me ha atraído y desafiado desde siempre el estilo de vida de Jesús, su praxis, su modo de proceder, su

estar con los más pobres y los olvidados. Así como Jesús encontró la esperanza en los demás, yo quiero seguir encontrándola en cada persona que lucha en contra de toda esperanza porque, si quienes viven en condiciones muy duras, social, política o económicamente, e incluso quienes padecen graves enfermedades, no pierden la esperanza, entonces yo tampoco la puedo ni la quiero perder. Quiero encontrar la esperanza donde Jesús la encontró y como él la encontró, en los otros y las otras, en los olvidados y excluidos. Y estos son también aquellos que la Iglesia no quiere aceptar hoy o incluir como iguales, como hermanos y hermanas del camino. Por ello, mi gran desafío personal es convertirme al estilo de Jesús y dejarme humanizar en el camino de la vida. **VR**



Cuaresma sinodal

Bonifacio Fernández, cmf

Catedrático emérito de Teología, ITVR

El camino histórico de Jesús hacia la pas-cua, en realidad, es la coincidencia de tres caminos. El primero es la peregrinación del pueblo de Israel en su larga historia de liberación y esperanza. El segundo es el de Dios mismo que progresivamente se revela y realiza como amor incondicional y encarnado. El tercero es el camino de los creyentes

cuya historia está representada y prefigurada en la de Jesús: las tentaciones Lc 4,1-13, la trasfiguración Lc 9,28b-36, la llamada a la transformación Lc 13,1-9, el padre del hijo prodigo Lc 15,1-3.11-32, la subida a Jerusalén. Su historia es nuestra historia, la de cada uno de nosotros. Y a la inversa. Por eso recordar y recorrer el camino de Jesús hacia

la Pascua es reactivar el camino de cada uno de nosotros, los bautizados. El cuaresmal es un camino sinodal. Veamos letra por letra:

C= CAMINO

Es una experiencia básica en nuestra vida actual: el tiempo nos constituye, vivimos en movimiento. Y éste acelerado. Nos urge aprovechar el tiempo y vivir a tope. Nos urge aprovechar las oportunidades que se dan en la propia historia. La cuaresma es un tiempo propicio para tomar decisiones importantes. Es la oportunidad de convertirse a lo mejor de sí mismo. Pone delante de nosotros la novedad apasionante del proyecto de vida de Jesús. La liturgia nos evoca historias de superación y transformación; historias de líderes como Moisés que se encuentran con el Dios vivo, que se enamoran de su palabra, que se sienten tocados por la situación de su pueblo y actúan. Cuaresma es la propuesta de un itinerario de superación personal y social, de desarrollar los dones de naturaleza y de gracia. Se expresa en prácticas de piedad como el rezo del vía crucis; también en prácticas penitenciales, de compartir los bienes. Hay quien decide dejar de fumar o no beber alcohol durante esta etapa del camino... La vida como viaje, como camino y peregrinación de la fe y de la esperanza, es una metáfora recurrente y representativa de la vida misma en su dimensión temporal.

U= UTOPIA

La proclama y la vive la comunidad de los bautizados en cuanto peregrinos y pecadores, necesitados y llamados al perdón y la reconciliación. Nos preparamos para celebrar el gran paso

de la muerte a la vida. Volvemos la mirada hacia el futuro. Sabemos bien que los intentos de construir el cielo en la tierra terminan construyendo infiernos. Esperamos lo inesperado y sorprendente. Sentimos que estamos llamados a la auto-realización y superación invocante y fraterna. Colaboramos en la construcción de la fraternidad universal. Mantenemos viva la esperanza del sueño de Dios que implica la felicidad de los seres humanos. La cuaresma es sinodal en cuanto es tiempo creador la comunidad, de cohesión y pertenencia. Nos unimos en la celebración comunitaria de la penitencia y del perdón. Recorremos juntos la dimensión doliente de la vida de Jesús, en la cual descubrimos el sentido de nuestras heridas y dolores. Celebramos juntos la Eucaristía que es el gran sacramento del amor en el que se concentran los signos de la vida cotidiana: la celebración, la comunidad, la palabra, la comida con pan y vino...

A= ADORACIÓN

Jesús retoma las prácticas de la piedad judía, singularmente la oración. Jesús enseña a orar “no como un do ut des”. Él critica la exhibición también en la forma de orar. En su forma de referirse al Padre nos ofrece el

ejemplo de cómo orar y reconocer al Dios que nos trasciende infinitamente. Nos enseña a estar ante el Padre, a reconocerlo. Las vicisitudes de la vida de cada día se convierten en los sig-

nos de la Presencia. La imagen del alfarero es una expresión profética de la vida en manos de Dios. Somos barro y somos el milagro de vida misma. La cuaresma nos

**Recordar la dimensión
doliente de la vida de Jesús
donde descubrimos el
sentido de nuestra herida**

invita a hacer balance de nuestra peregrinación, de cuáles siguen siendo nuestros ídolos. Nos plantea la pregunta sobre quiénes son los señores de nuestra vida ¿Cómo nos manejamos ante el silencio y la aparente inacción de Dios?

R= RELATO

Cuaresma es también el relato del intenso camino de los discípulos tras las huellas de Jesús. Recuerdo de la acción y la palabra de Dios en la vida. A partir de ahí la cuaresma nos invita a actualizar nuestro proceso de iniciación cristiana a partir del bautismo, sacramento de la fe. El paradigma de los discípulos en torno a Jesús, escuchando, dejándose formar, reconociendo sus lentitudes y sus torpezas es nuestra referencia en el camino de la cuaresma. Rehacemos la memoria bautismal de la Iglesia y de cada uno de los bautizados en el misterio pascual. Construimos comunidades sinodales, que recorren juntas los itinerarios de la misión en las distintas etapas de la historia.

E= ESCUCHA

Los discípulos escuchan la enseñanza del Maestro de Nazaret, tanto en las sinagogas como en los caminos y las plazas. Se sorprenden. Progresivamente van aprendiendo. Es un proceso lento, lleno de torpezas. Jesús mismo los reprende, pero los comprende. La vida de los bautizados está forjada a ejemplo de la vida de Jesús. Jesucristo es maestro de la nueva forma de vivir. Lo muestra en su praxis y en su palabra. Todos los gestos del Mesías son ejemplo para los discípulos, evangelio. Ellos recrean su vida

y su misión en la escucha de la palabra de Dios encarnada en la historia de Jesús. Ellos reciben el testamento de su amor y continúan su misión por la inspiración y el dinamismo del Espíritu.

S= SEGUIMIENTO

Jesús propone un cambio de mentalidad; una nueva forma de pensar y de vivir, una nueva experiencia de Dios. El sentido del ayuno en la tradición judía era un modo de convencer a Dios a nuestro favor; vestir el saco, rasgarse las vestiduras, era una manera de comportamiento para encontrar a un Dios benigno. Jesús le da poco relieve. Defiende a los discípulos que no ayunan. Pablo ni lo menciona. A las palabras de Jesús que dicen que el demonio solo se expulsa con la oración, se ha añadido tardíamente la expresión del ayuno. Dios no quiere el dolor; no se complace en las derrotas y fracasos de los hombres. El Padre entrega al Hijo; los responsables religiosos y políticos lo condenan a muerte, lo torturan y lo crucifican.

M= MARAVILLAS MEMORABLES

Recordamos la liberación del pueblo de Dios y su caminar por el desierto hacia la tierra prometida. Rememoramos el itinerario de las promesas y su cumplimiento en la historia. Actualizamos los cuarenta días de

Jesús en el desierto y sus tentaciones, que siguen siendo las nuestras. Aprendemos a vivir bajo la mirada del amor del Padre. La mirada de amor hace nacer lo

mejor de nosotros mismos, nuestra mejor generosidad, nuestra mejor identidad a la que estamos llamados. El Dios Padre e Hijo

**Fecundos, fieles y felices,
somos el espejo de la
Trinidad**



y Espíritu es comunión de amor. El amor se constituye en la relación. El misterio de la Trinidad está reflejado en nuestra vida humana. Dios Padre es generador del Hijo, es expansivo, es fecundidad y generatividad. El Hijo es amor filial y fiel al Padre en el dinamismo del Espíritu. El Espíritu de amor recíproco es felicidad. Cuando nosotros experimentamos la fecundidad, la fidelidad y la felicidad estamos siendo espejos de la vida de la Trinidad Santa. Los salmistas nos muestran cómo expresar la añoranza y gozo de vivir bajo la mirada entrañable de Dios. Juntamente con ellos en el itinerario cuaresmal recordamos y proclamamos las maravillas de Dios.

A= ALEGRÍA

La cuaresma es camino hacia el gozo pascual. La alegría es criterio de nuestra autenticidad cristiana. Se trata de la alegría

del encuentro progresivo con el misterio de Cristo, cultivada en la escucha asidua de las grandes historias bíblicas. Para ello se necesita tener bien actualizados los “audífonos”. La audición requiere tiempo, requiere silencio interior. Se ejercita también la ascética del diálogo. El camino cuaresmal es oportunidad y llamada a profundizar en las actitudes y consejos de Jesús que son un auténtico don del Espíritu. Se nos proponen a ritmo semanal y diario. Es el camino de la iniciación cristiana, que, partiendo del agua bautismal, nos conduce a la renovación de las promesas y a la confesión de fe en la Vigilia Pascual. La luz recibida en el bautismo y simbolizada en la vela que encienden los padres, se alarga y vuelve a conectar con el gran cirio pascual. Ilumina la oscuridad de la muerte con la esperanza de la vida resucitada para siempre. **VR**



MeToo

CRISTINA INOGÉS SANZ

LAICA. TEÓLOGA. COMISIÓN METODOLÓGICA DEL SÍNODO DE OBISPOS

He leído el libro de Salvatore Cernuzio *Il velo del silenzio*. No voy a hacer una reseña porque no es el lugar adecuado, ni el libro está traducido al español. Sí que me gustaría decir que es muy difícil no sentir un escalofrío cuando se leen las once historias de las que está compuesto.

Estamos en un mes donde las reivindicaciones de las mujeres se oyen con más rotundidad –aunque deberían escucharse más que oírse– y algunos pensarán que no tienen sentido en una sociedad en la que la igualdad es ya ¿algo alcanzado? aunque sea por concesión masculina. ¿Y en la Iglesia? En la Iglesia la igualdad nos viene dada por el bautismo. Entonces, ¿qué pasa para que no veamos esa igualdad de forma evidente? ¿Por qué pa-

rece que en la Iglesia algunas cuestiones se alcanzan más cuando la necesidad apremia y se hace evidente, que por el convencimiento y conversión evangélica?

MeToo es el movimiento que se formó en Hollywood cuando las actrices, con toda decisión, empezaron a denunciar abusos sexuales por parte de productores y directores de cine. No es cuestión, o al menos enteramente, de feminismo. Es cuestión de respeto y, reclamarlo, empieza por la denuncia. Sea donde sea. Es lo único que permitirá, en parte, mitigar el dolor de las víctimas.

Resulta difícil no sentirse feminista desde una lectura en defensa de la mujer y, por extraño que suene, también del varón. Los abusos de todo tipo no son solo contra las mujeres, aunque contra ellas

sean la mayoría. Las heridas solo se sanan abriendo, entrando, limpiando, cerrando, y teniendo mucho cuidado con una falsa cicatrización. Los avances son desproporcionadamente pocos y lentos respecto al volumen de abusos. Las formas de denuncia y los procesos opacos dejan a la víctima desprovista de la más mínima información de su caso. El desprecio con el que todavía son tratadas por quienes deberían ser ejemplo de cercanía y respeto, sobrepasa con mucho el calificativo de ofensivo.

Para los abusadores lo que diga la ley, sin excusas, y la ayuda profesional que necesitan porque no están en su sano juicio y otro tanto para quienes les encubren. Para las víctimas justicia y respeto. La retribución será muy complicada. En este mes de marzo y siempre *MeToo*.



Caminando juntos, pero ¿hacia dónde? Sinodalidad bíblica

Cuando hablemos de sinodalidad no olvidemos que lo importante es «con qué finalidad», «hacia dónde».
La clave está en el «eschaton».

José Cristo Rey García Paredes, cmf
Consejo de dirección de VR

No solo hemos de hablar de sinodalidad, de caminar juntos, de escuchar-nos unos a otros, de colaborar unos con otros. En una procesión se “camina juntos”, pero la meta es el mismo lugar del que se parte. El caminar juntos ha de tener una razón, una meta, un objetivo, un propósito.

A Bertold Brecht le preguntaron en una ocasión: ¿cuál es su lectura preferida? Y él respondió: “Ustedes se reirán... es la Biblia”. La Biblia refleja nuestros más profundos y misteriosos deseos. Nos habla de nosotros mismos, de nuestros sueños. La Biblia nos dice que ante los muchos Gólgotas que hay en el mundo, nada podría justificarse si no hubiera resurrección. La Biblia es antifaraónica, pero sí es cristocéntrica. La Biblia protesta contra la tiranía, contra la servidumbre, contra los ídolos. ¡Es la Biblia de los pobres, de los que desean ser liberados de Egipto y peregrinan hacia la Tierra de la Promesa!

En la Biblia es muy importante y decisivo el “hacia dónde”, “con qué finalidad”, no solo el emprender un camino juntos. Para hablar de ello la Biblia utiliza palabras explosivas; invita a pensar, y pensando, a traspasar fronteras.

Jesús llevó la utopía bíblica a su máxima expresión. Jesús invitaba a “seguirlo”, no simplemente a “caminar”. Y el seguimiento tenía una meta. Jesús se denominaba sobre todo “hijo del hombre”. Inició su misión con una gran parábola en acción: la estancia simbólica durante cuarenta días para ser tentado en el desierto. El Espíritu lo impulsó, lo lanzó a esa aventura. Al final, salió de ella vencedor, pero sin botín, sin riquezas, ni poderes especiales. Le mostró al pueblo esclavizado cómo llegar a la Patria de la Libertad y –en consecuencia– cómo no –aquello que Satán, la vieja Serpiente, le prometía–.

La Biblia, Palabra de Dios, es el tesoro que ni la polilla ni la carcoma corroen, ni los ladrones pueden hurtar (Mt 6,20).



La meta hacia la que el camino bíblico nos lleva está más allá de cualquier forma de servilismo, ideología del poder. El camino de Jesús no conduce a un trono, sino a un enfrentamiento con los poderes religiosos e imperiales: y concluye en la Cruz. Los mártires cristianos eran denominados “atheoi” en la corte de Nerón.

Cuando hablemos de “sinodalidad” no olvidemos que lo importante es “con qué finalidad”, “hacia dónde”, la clave está en el “eschaton”. La Escritura está llena de inquietudes y latigazos contra lo que sostienen, apoyan y hacen perdurar este mundo de muerte”; a estos poderes los denominan las Lamentaciones de Jeremías “el Enemigo” (Lamentaciones, 1, 16; 2, 7. 22). La serpiente del paraíso sigue prometiendo: ¡seréis como dioses, conocedores del bien y del mal! Pero el Dios del Éxodo responde: “Yo soy el que seré”, dinamitando así cualquier imagen de Dios y encaminándonos hacia un éxodo del todo especial. El libro del Apocalipsis nos acerca cada vez más a esa meta: el nuevo cielo, la nueva tierra, la nueva Jerusalén. Hacia el “novum”.

La sinodalidad nos invita no a una procesión hacia atrás, ni a una vuelta –todos juntos– hacia el pasado. La sinodalidad es en sí misma “apocalíptica”, la de aquellas personas que siguen al Cordero inmolido y resucitado; la de quienes no se han manchado con ningún tipo de idolatría y no siguen a las dos bestias (la del poder idolátrico y la de la propaganda que lo justifica y venera).

No nos alarmemos si aparecen nuevos profetas que nos dicen aquello que no qui-

siéramos oír. No hagamos resúmenes de nuestras conversaciones que puedan pasar cualquier censura. Hablemos con sinceridad. Digamos aquello que llevamos en el corazón. No condenemos a quien piensa

distinto, a quien nos parece que defiende ideas heréticas. En ellas pueden expresarse las energías ocultas con las cuales el Espíritu nos guiará y hará posible

lo que ahora parece imposible.

Hay que escuchar todas las voces, los gemidos de la creación; hay que acoger todos los sueños, intuir los nuevos diseños que se nos ofrecen. ¿No será tal vez la meta inmediata de la sinodalidad una nueva agenda eclesial para el 2050? ¿No se entreverá en lejanía un nuevo Concilio del Pueblo de Dios donde el Espíritu se exprese en la variedad de carismas, en la variedad de miembros y en la docilidad de todos, a un proyecto que nos supera? Que tenga plena vigencia entre nosotros las palabras iniciales del Concilio Vaticano II en la constitución pastoral “Gaudium et Spes”.

Hacemos nuestros los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los bautizados de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren. Que no haya nada verdaderamente humano que no encuentre eco en nuestro corazón. La comunidad cristiana está integrada por seres humanos que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia, GS, 1. 

Hay que escuchar todas las voces y acoger todos los sueños para intuir diseños



Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS

Nos están siguiendo

No pasa semana sin que, por gentileza del antivirus gratuito que he instalado en mi ordenador, me llegue algún aviso de ese tipo. Al principio entraba en pánico imaginando pequeños espías con gorra, tipo comisario Villarejo, acechando detrás de la pantalla para grabar lo que estaba escribiendo. También me venían a la memoria esos personajes un poco siniestros que aparecen en algunas películas de santos espíandoles para pillarles en falta, como aquella monja envidiosa que no le quitaba el ojo a Bernardita de Lourdes, empeñada en demostrar que su cojera era puro fingimiento y no por culpa de su pierna hecha papilla. Sin llegar a tanto, a una compañera mía de noviciado que se quejaba de dolor de riñones, la enfermera, de pocas luces, le decía: “Hermana, usted se queja porque está muy ocupada de sí misma”. La pobre se tragó el diagnóstico y

cuando cambió de casa y la superiora se alarmó al verla doblada en dos por el dolor, ella le dijo: “No se preocupe, solo es ocupación propia”. Menos mal que en urgencias vieron que era un cólico nefrítico.

Me he salido del tema, pero lo repesco con este texto en el que Pablo echa mano de una leyenda rabínica según la cual, la roca de la que salió agua en el desierto, seguía a los israelitas “viajando con ellos a las montañas y bajando con ellos en los valles”: “Todos bebían de la roca que les seguía y la roca era Cristo” (1Cor 10,4).

Es extraño que Cristo aparezca como “seguidor” y no como “seguido” y eso abre ante nosotros una perspectiva sorprendente que nos invita a preguntarnos: “¿Cómo puede haber en mí algo que le resulte “perseguable” (deseable, atrayente...) al Señor?”. Y es que estamos acostumbrados a movernos en claves pseudo humildes

tipo: “soy tan miserable, tan pequeña, tan ignorante, tan indigna...”, en vez de vivir agradecidas por ser valiosas, únicas y habitadas por la Luz.

Si algún estilo formativo está aún anclado en el *modelo bonsái* y el resultado es promover sujetos encogidos y dependientes, urge pasarse al modelo árbol que anime a cada persona a desplegarse, a descubrir sus posibilidades, a dejar resplandecer su belleza. “Es nuestra luz, no nuestra oscuridad la que asusta. El hecho de que seas pequeña no le sirve al mundo. No hay nada iluminador en encogerte para que otras personas cerca de ti no se sientan inseguras. Has nacido para manifestar la gloria divina que existe en tu interior”. Es un poema de Marianne Williamson que leyó Nelson Mandela en su discurso de investidura y tendría que estar escrito con letras grandes en nuestras casas de formación.

Y si alguien no acaba de entender lo que esto tiene que ver con lo de ser “perseguable, deseable y atrayente”, va a ser mejor que se lo explique en particular.

RETIRO MENSUAL



3 HACER NUESTRA
LA MIRADA DE DIOS.
MÍSTICA DE OJOS
ABIERTOS

ÁLVARO R. ECHEVERRÍA, FSC

HACER NUESTRA LA MIRADA DE DIOS. MÍSTICA DE OJOS ABIERTOS

“Pero el Señor dijo a Samuel: No mires a su apariencia, ni a lo alto de su estatura, porque lo he desechado; pues Dios ve no como el hombre ve, pues el hombre mira la apariencia exterior, pero el Señor mira el corazón” (1 Samuel 16,7).

La mejor manera de vivir nuestra vida comunitaria y nuestra misión es hacer nuestra la mirada de Dios y por consiguiente vivir una mística de ojos abiertos. Pero en realidad y planteándonos la pregunta: ¿Qué es ser místico hoy?, podemos recordar la conocida frase de Karl Rahner, el famoso teólogo jesuita alemán, repetida en múltiples lugares: “El cristiano del futuro o será místico, o no será cristiano”. Por consiguiente es algo que hoy tenemos que tener en cuenta, pero clarificando lo que significa.

Si recordamos las experiencias místicas del pasado, estas parecerían fenómenos de un encuentro profundo con Dios, previo un camino ascético y a través de tres etapas: purgativa, iluminativa y unitiva. En síntesis, Dios y yo. Así, por ejemplo, Santa Teresa de Jesús decía: “Y es tanto lo que se emplea el alma en el gozo de lo que el Señor la representa, que parece que se olvida de animar el cuerpo. (...) No se pierde el uso de ningún sentido ni potencia, pero todo está entero para emplearse en Dios solo. De este recogimiento viene algunas veces una quietud y paz interior muy regalada, que está el alma que le parece que no le falta nada”.

Ciertamente la mística significa una experiencia personal de un encuentro profundo con Dios. Nuestro Fundador San Juan Bautista De La Salle, en el Método de oración mental que escribió para los Hermanos inspirado en la espiritualidad sulpiciano, nos habla de una aplicación del alma a Dios. Pero no podemos olvidar, que Jesús en el Evangelio nunca separó Dios del prójimo. El encuentro con Dios no solamente lo podemos experimentar en el silencio de nuestra oración sino también en nuestros hermanos y hermanas especialmente si son pobres. Por eso hoy hablamos de una mística de “ojos abiertos”.

La expresión “mística de ojos abiertos” se debe a Johann-Baptist Metz, que nos dice al respecto: “La experiencia de Dios que se inspira bíblicamente no es una mística de ojos cerrados, sino una mística de ojos abiertos; no es una percepción relacionada únicamente con uno mismo, sino una percepción intensificada del sufrimiento ajeno” (Johann-Baptist Metz, *El clamor de la tierra: el problema práctico de la teodicea*, Estella 1996, 26).

Y el jesuita español Benjamín González Buelta, que ha desempeñado su misión en República Dominicana y Cuba en donde tuvo el gusto de encontrarlo, en un hermoso libro, que personalmente me ha marcado mucho hace esta interpretación: “El místico cristiano no sólo se encuentra con Dios y es consciente de ese encuentro, sino que además coloca al Dios de Jesús en el cetro de su corazón. Éste hecho personal cambia su visión de la realidad y su manera de situarse la vida. La mirada de Dios sobre la realidad empieza a ser también la suya. [...] Al mismo tiempo, en la medida en que empieza a comprometerse por el Reino al estilo de Jesús, se encon-

trará en la acción con la misma experiencia del Dios que alimenta su intimidad. Necesita tener los “ojos bien abiertos” para hacer la experiencia de contemplar la cotidianidad más espesa atravesada por la luz que hace transparente el barro (2Cor 4,6)” (Benjamín González Buelta, “*Ver o perecer*”. *Mística de los ojos abiertos*, Santander 2006, 62-63).

La mirada misericordiosa: La mística de ojos abiertos

La mística de ojos abiertos nos permite experimentar claramente que el Dios que cada día descubrimos cara a cara en nuestra oración es el Dios que se nos revela cada día en el rostro de los pobres, de los niños, los jóvenes, que educamos, de los enfermos que acompañamos... y de las personas con quienes nos relacionamos.

Es una mística que brota de una espiritualidad de encarnación, que unifica el cuerpo y el alma, lo profano y lo sagrado; la misión y la oración; la liberación y la contemplación, la promoción y la evangelización. Es una mística que parte de la realidad pero que ilumina esa realidad con la Palabra. No podemos separar lo trascendente de lo immanente, todo para nosotros debe ser transparencia de Dios. Desde que el Verbo se encarnó la materia tiene algo de divino y más todavía el hombre y la mujer hechos a imagen del Dios Trinidad. El misterio de la encarnación y la mística de ojos abiertos son una invitación a encontrar a Dios en lo cotidiano.

Hoy la teología regresa al lenguaje narrativo. De hecho, la fe cristiana nace de unos acontecimientos salvíficos. Sabemos que por el influjo del logos griego el discurso teológico nacido como una narración terminó siendo una formulación abstracta. Nuestros contemporáneos y especialmente los jóvenes,

hoy nos invitan a recuperar un lenguaje narrativo, concreto, cercano, experiencial. Si Jesús pudo hacer teología narrativa fue porque hablaba de lo que había visto y oído en la intimidad del Padre. Este debe ser el lenguaje de nuestra oración. Se trata de una oración encarnada. Una oración, que, como la de Jesús es apertura personal, silenciosa, y profunda a Dios como Padre/Madre y al mismo tiempo es descubrimiento de su voluntad salvadora y entrega de la vida por aquellos y aquellas que el Señor nos ha confiado. Lo espiritual no forma un dominio aparte, diferente o superior a lo real. La materia de la vida espiritual es la existencia concreta, es la vida, son los acontecimientos, son los pobres, pero reconociendo en ellos otra realidad, otra dimensión, otra profundidad, otro sentido, otra interioridad.

Para nuestro Fundador, Juan Bautista De La Salle, Dios se hace presente en los acontecimientos y en las personas, particularmente en los niños y jóvenes pobres, tanto que no duda en pedirnos hacer un acto de adoración, el culmen de nuestra relación con Dios, en su presencia: “Reconoced a Jesucristo bajo los pobres harapos de los niños que instruís: adoradle en ellos” (M. 96,3).

Jesús en el Evangelio nunca separó Dios de prójimo

Para el Fundador hay una relación directa entre nuestro amor a los pobres y nuestra pertenencia a Jesucristo: “Cuanto más los améis, en mayor medida perteneceréis a Jesucristo” (M. 173,1).

Creo que lo esencial ya está dicho y que lo podríamos sintetizar en dos palabras: Realismo místico: Mirarlo todo, hacerlo todo e interpretarlo todo desde el ángulo del Dios presente en la historia. Este realismo místico y profético, que nos impulsa a considerarlo todo desde una visión de fe y con un amor

Mirarlo todo, hacerlo todo desde el ángulo de Dios presente en la historia

apasionado por Dios y por los pobres, se mantiene y crece por la lectura diaria de la Escritura que anima todas las acciones diarias.

De tal manera que podemos decir que los dos lugares fundamentales de nuestro encuentro con Dios, son la Realidad y la Palabra. Debemos partir siempre de una mirada contemplativa de la realidad. Se trata de una doble contemplación. Por un lado, la del plan salvífico del Padre descubierto en su Palabra; de otro, la contemplación histórica de los hijos e hijas de Dios, de sus necesidades y sus búsquedas, de su pobreza y vulnerabilidad. Ambas contemplaciones llevan a la misma meta: poner los medios de la salvación al alcance de todos nuestros hermanos y hermanas, sin olvidarnos de nuestra hermana tierra.

Como el papa Francisco nos decía recientemente: “La Palabra nos lleva al hombre. Nos lleva a Dios y nos lleva al hombre. Justamente cuando descubrimos que Dios es amor compasivo, vencemos la tentación de encerrarnos en una religiosidad sacra, que se reduce a un culto exterior, que no toca ni transforma la vida. Esta es idolatría, idolatría escondida, idolatría refinada, pero

es idolatría...” (Papa Francisco, Domingo de la Palabra, 23 de enero del 2022).

No debemos hacer diferencias. La mística de ojos abiertos es una mística unificadora, integradora. El Evangelio reduce lo esencial a amar a Dios y amar al prójimo. Estamos llamados a ser hijos y hermanos: filiación divina, fraternidad humana. Podemos conjugar vitalmente esta relación de cuatro maneras:

- La filiación sin la fraternidad sería una mentira, “Si alguno dice, amo a Dios, pero aborrece a su hermano es un mentiroso” (1Jn 4,20).

- Fraternidad sin filiación puede dar lugar a un encuentro anónimo con Cristo, que para algunos se revelará el último día: “Señor ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber?” (Mt 25,37).

- De la ausencia de filiación y fraternidad, resultaría un fracaso existencial. Una vida sin sentido. “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber...” (Mt 25,41-42).

- De la integración de ambas dimensiones, la plena realización cristiana, el cumplimiento del plan salvífico de Dios manifestado en Jesús. “Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo” (Mt 25,34).

Por consiguiente, no hay oposición entre visión mística y acción profética, vida interior y ministerio apostólico. Pero tampoco se supedita una a la otra. Van unidas a partir de una mirada de fe, de una mística de ojos abiertos, de una fe activa en la práctica del amor (Gal 5,6) como nos invitaba San Pablo. Por eso nos sentimos profundamente asociados al Dios de la Vida, al Dios del Reino,

al Dios de la Historia, al Dios de los Pobres. Esta visión responde muy bien a lo que nos ha pedido repetidamente el papa Francisco y nos lo pedía ya el documento de Aparecida: ser discípulos y misioneros.

La mirada misericordiosa: como la de Jesús

En el Evangelio podemos ver como el amor misericordioso de Jesús por sus discípulos se traduce en un profundo respeto a su libertad. No busca imponer, no fuerza los distintos ritmos, no impone, confía siempre y sabe esperar pacientemente. Jesús es realista y parte de lo que cada uno es iniciando un paciente proceso de crecimiento y de comunión y ejerciendo una autoridad que se traduce en un servicio sin imposiciones ni privilegios. (Cf. Guerrero, J. M., *Jesús como animador de Comunidad de los Doce*, Revista VR, 1981, Madrid).

El papa Francisco sintetiza muy bien esta actitud de Jesús al recordarnos una homilía de San Beda la mirada de Jesús a Mateo, en un texto ya muy conocido por la traducción personal que el Papa hace: Jesús vio a un publicano “misericordiándolo” y eligiéndole. Sabemos que éste es su lema episcopal (Cf. *El nombre de Dios es misericordia*, p. 32, Planeta, México, 2016). Jesús es para sus discípulos testigo de la misericordia del Padre. Por eso su mirada siempre es compasiva y cercana. Nunca pasa de largo y está atento a la realidad de cada persona. Su actitud fue programática para sus discípulos y lo sigue siendo para nosotros llamados a seguir y proseguir sus pasos. Es esa mirada la que nos permite descubrir el paso de Dios en nuestra historia y en la de nuestros hermanos y hermanas.

Y esa mirada lleva al corazón que se conmueve ante la debilidad y la miseria humana.

Conmovernos, significa hacer nuestro el dolor de nuestros semejantes. Conmoverse, es sufrir-con, es ser sensible a toda forma de injusticia, de pobreza, de sufrimiento. Conmoverse, es sentir el corazón herido cuando vemos que hay tantos hombres y mujeres que viven situaciones absurdas e inhumanas... Pero la mirada de Jesús no se queda en una compasión inoperante. Se trata de ir a las últimas consecuencias siendo como Jesús, un ser-para-los-demás, y saliendo de nosotros mismos y de nuestros intereses personales. El papa Francisco nos dice: “Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de su dignidad y sintámonos provocados a escuchar su grito de ayuda...” (*Misericordiae Vultus* n. 15).

La mirada misericordiosa: un don que recibimos

La mirada misericordiosa no es el fruto de nuestros esfuerzos, de nuestra buena voluntad o de nuestra santidad. Es ante todo un don recibido, del Padre que tanto amó al mundo que le entregó a su Hijo... para que el mundo se salve por Él (Jn 3, 16-17). Es un don del Hijo que nos revela al Padre misericordioso y entrega su vida por nosotros. Es un don del Espíritu: “El Espíritu del Señor

La mirada de Jesús no se queda en una compasión inoperante

está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad y a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los

oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor” (Lc 4, 18-19).

Tanto Pablo como Pedro en sus cartas nos hablan repetidamente del don personal que Dios nos ha dado y que estamos llamados a

Se puede ser misericordioso con los demás si se es con uno mismo

compartir con los demás (Gal 2,9; 1 Co 3, 10; 1 Co 7, 7; 1 Co 12,7-11; 2Tm 1,6; 1P 4, 10). Si el nombre de Dios es misericordia, los dones que Él nos da están al servicio de la misericordia, pero cada uno está llamado a vivirlo de una manera personal y única haciendo visible un rasgo del poliédrico rostro de Dios.

Al reflexionar sobre nuestra propia vocación seguramente descubrimos la gran misericordia de Dios para cada uno de nosotros. Basta recordar aquellas palabras de Oseas: “Por tanto, mira, voy a seducirla llevándomela al desierto y hablándole al corazón” (2, 16). En su gran misericordia y sin ningún mérito personal es el Señor que nos ha llamado a ser totalmente suyos. Él, la realidad insondable nos ha elegido con amor gratuito a la desconcertante aventura de ser plenamente suyos. Dios Trinidad de personas, se nos presenta como el Amor que atrae hacia sí todo nuestro ser y exige todo nuestro ser.

Estamos involucrados en una aventura de amor, en una especie de enamoramiento, en la seducción de Dios. Ese amor y esa mirada misericordiosa, a la vez, lo debemos reflejar en nuestras relaciones con los demás empezando por nosotros mismos. Como nos dice Anselmo Grün: “Quien conoce

todos sus abismos, sus zonas sombrías, sabe que sólo puede vivir en plenitud el que es comprensivo consigo mismo, el que es capaz de decirse sí tal como ha sido creado. Sólo cuando alguien se ha aceptado a sí mismo puede aceptar al que busca consejo sin juzgarle. Sólo se puede ser misericordioso con los demás si se es misericordioso con uno mismo, si nos hemos reconciliado con nuestra propia oscuridad (*Portarse bien con uno mismo*, Ed. Sígueme, 2014, Salamanca).

La mirada misericordiosa: un don que compartimos

Los dones que hemos recibido deben ser dones que compartimos. Ante el individualismo o la búsqueda de autorrealización que a todos nos amenaza esta certeza nos invita a una actitud de salida hacia nuestros hermanos o hermanas y con ellos al mundo y sus necesidades.

Cuando nos consagramos a Dios, o mejor cuando Dios nos consagró ya que de Él es la iniciativa, nos consagramos también a nuestros hermanos y hermanas. Cuando decimos: “Puedes contar conmigo”, se lo decimos a Dios, pero también a nuestros hermanos. Esto supone una actitud misericordiosa que nos hará pasar por alto muchas cosas y nos dará el tacto delicado para corregir fraternalmente y sobre todo para que el hermano no se sienta solo.

Una comunidad eclesial en donde la misericordia es compartida, es un lugar de perdón y fiesta en el que podemos experimentar que el Reino de Dios ya está en medio de nosotros. Está en medio de nosotros cuando nos damos pruebas sensibles de amor, sin pensar que el otro debe adivinar que yo lo amo o estimo. Cuando nos cuidamos fraternalmente, cuando el sufrimiento de los

demás no nos pasa desapercibido. Una comunidad en donde la misericordia es compartida, es una comunidad que está atenta a “nuestro niño interior” favoreciendo espacios gratuitos de encuentro; simplemente “estar ahí” para conversar, para mirarnos con cariño, para comprender que el trabajo no lo es todo en la vida.

La mirada misericordiosa: un don que entregamos

El don que recibimos y compartimos lo debemos entregar. Pero hoy, a menudo, estamos viviendo, otra realidad en la que lo que cuenta es una intimidad sin historia, el ansia de éxito y el culto a la imagen y al aparecer, que antepone la realización personal a las necesidades del mundo; elementos todos que nos alejan del otro y de la misericordia. En clave bíblica podríamos decir que estamos pasando de Amós, profeta de la justicia, a Oseas profeta de la misericordia y del afecto. En este sentido oí decir al Padre Adolfo Nicolás, que nos podemos acercar más a nuestros contemporáneos por medio de los libros sapienciales que por los proféticos.

A un pueblo desanimado, herido y roto, Oseas lo alienta con el lenguaje cálido del afecto, del perdón y de la gracia. Dios decide curar a Israel con el cariño y el afecto. ¿No será esto para nosotros una llamada a tomar más en serio las heridas del corazón de los hombres para sanarlas? La Buena Nueva ¿no es ante todo conciencia de sentirse amado, valorado, bendecido, como una manera de contrarrestar la baja autoestima de tantos hermanos? Y en una sociedad en donde todo se vende y se compra, ¿no tendremos que convertimos a la gratuidad que nos permite desarrollar la capacidad de contemplar, de agradecer, de maravillarnos ante el misterio

o la belleza? Esto no significa renunciar a la justicia. De hecho, la unión a Yahvé debe cimentarse en justicia y derecho: “Yo te desposaré para siempre. Justicia y rectitud nos unirán, junto con el amor y la ternura, y la mutua fidelidad también. Y así conocerás quién es Yahvé” (Os 2 21-22) (Cf. Manuel Díaz Mateos S.J., aparecido en Páginas (CEP) Lima, abril 96).

Por eso afirma Díaz Mateos: “El compromiso por la liberación y la opción por los pobres no se motiva solamente por la urgencia o la magnitud del problema. Se motiva mejor cuando descubrimos la gratuidad del amor de Dios que nos mueve a hacernos gracia, don y entrega como respuesta, y cuando experimentamos en carne propia la excesiva sensibilidad de ese mismo Dios para sanar las dolencias de su pueblo. Hablando de corazón a corazón se nos contagia algo de lo que aflige al corazón del Padre común y se nos invita a soñar con lo que el sueña que será siempre una puerta de esperanza para su pueblo”.

No debemos olvidar, tampoco, que en el misterio de la Encarnación Jesús manifestó la bondad de Dios, Salvador nuestro, y su amor por los hombres. No se fijó en lo bueno que hubiéramos hecho, sino que nos tuvo

La Buena Noticia es ante todo conciencia de sentirse amado, valorado y bendecido

misericordia y nos salvó” (Tit 3,4-5). En Jesús, Dios nos habla de corazón a corazón, de rostro a rostro, de mirada a mirada. Sabemos, como nos dice San Mateo que él “tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras

enfermedades” (Mt 8, 17). La invitación de Jesús a hacernos niños, es una invitación a abrirnos al mundo de la gracia, de la ternura, de la caricia, del afecto, como lo hacen los niños. Sin duda los hombres y mujeres de hoy necesitan sobre todo una palabra, un gesto, una mirada que les llegue al corazón y ahí se encontrarán con Dios y se abrirán a sus hermanos y hermanas necesitados. El reto siempre será saber unir esta actitud cercana y comprensiva con la palabra profética y el gesto contestario, que brotan del mismo amor.

Conclusión: contemplar no idealizar

Ayúdame Señor, a contemplar. Cuando yo idealizo la realidad, no la respeto, no te respeto. Le doy el barniz de mi conveniencia. Tal vez no la soporto tan herida e imperfecta, o quiero apresurar el ritmo de los cambios. Puede ser que intente demostrarme a mí

mismo o a los demás una tesis previa, o que pretenda encaminar situaciones y personas por los senderos que impone la tiranía de mi deseo.

Si miro lo real, tal como se presenta podré encontrarte a ti, como la última dimensión de todo lo que existe, más hondo que lo deforme que no quiero ver, y que las estridencias que no quiero escuchar.

No permitas que idealice situaciones y personas. Con el mismo color con el que escondo todo lo sucio y herido, te estoy ocultando también a ti, y no puedo ver cómo asumes todo lo real y transformas todo ser. Idealizar no es más que un maquillaje superficial que es necesario rehacer cada mañana ante el espejo.

En la contemplación de lo real, abro el espacio necesario vigilante y cálido, para ver cómo desde el caos nace el futuro inédito (Benjamín González Buelta).

PARA NUESTRA REFLEXIÓN

1. ¿Tengo una mística de ojos abiertos, que me permite mirar con los ojos de Dios la realidad, los acontecimientos, las personas especialmente los pobres?
2. ¿Cómo vivo la triple actitud de Jesús ante las personas, manifestada muchas veces en el Evangelio, ver, conmoverse, actuar?
3. Cada uno ha recibido su don; póngalo al servicio de los demás como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios (1P 4, 10) ¿Cuál es mi don y cómo debo acrecentarlo y compartirlo?
4. ¿Soy realmente misericordioso conmigo mismo, me acepto y me siento reconciliado con mi propia oscuridad?
5. Dios decide curar a Israel con el cariño y el afecto. ¿No será esto para nosotros una llamada a tomar más en serio las heridas del corazón de las personas para sanarlas? La Buena Nueva ¿no es ante todo conciencia de sentirse amado, valorado, bendecido, como una manera de contrarrestar la baja autoestima de tantos hermanos y hermanas? Y en una sociedad en donde todo se vende y se compra, ¿no tendremos que convertirnos a la gratuidad que nos permite desarrollar la capacidad de contemplar, de agradecer, de maravillarnos ante el misterio o la belleza?



Una coreografía de conversión

José Tolentino de Mendonça

CARD.- ARZOBISPO ARCHIVISTA Y BIBLIOTECARIO DEL VATICANO

Una frase del Evangelio del Miércoles de Ceniza (Mt 6,1-6.16-18), sirve a toda la comunidad eclesial como pórtico de entrada al tiempo de Cuaresma, y nos centra en tres verbos: "entra en tu habitación", "cierra la puerta" y "reza a tu Padre que ve en secreto". ¿En qué medida estos verbos pueden ayudar a cada uno de nosotros a configurar la arquitectura personal de este tiempo de gracia? ¿Cómo nos guían para realizar una coreografía de transformación interior, con vistas a una celebración efectiva del Misterio Pascual? El primero de los verbos es "entrar", porque en este reencuentro, en este redescubrimiento del Padre al que nos exhorta el camino cuaresmal, una condición necesaria es pasar de la exterioridad a la interioridad, de lo lejano a lo íntimo. En la parábola, mientras el hijo pródigo vuelve a

la casa, el hijo mayor, al oír "la música y el baile", "lleno de ira, se negó a entrar" (Lc 15,28). ¡Hay tantas razones y, sobre todo, tantas razones falsas, para quedarnos fuera y no entrar! Entrar requiere que cambiemos nuestras razones por las de Dios. Implica que nos dejemos convencer por Él. Y esto, lo sabemos, no es automático. De hecho, la Cuaresma puede llegar y quedarnos en nuestra rutina habitual y en nuestra vida dispersa. La entrada es la primera etapa. El segundo movimiento de esta coreografía de conversión es el verbo "cerrar". Incluso habiendo entrado en nuestra habitación podemos encontrar formas de evasión o permanecer en un territorio de evasión interna. Incluso habiendo entrado, puede que no estemos efectivamente dentro. Ahora la puerta debe cerrarse, porque lo que el Señor nos pide no es una fun-

ción, ni un conocimiento, ni una burocracia. El Señor nos pide que seamos, que seamos lo que somos, en nuestra desnudez, en nuestra verdad más profunda, en nuestra pobreza sin velos, en nuestra realidad inacabada, en nuestro deseo. Y que no tengamos miedo de exponernos a Dios. Solo así puede Dios abrazar y cuidar todas nuestras heridas.

El tercer verbo es "orar", orar al Padre. De hecho, si lo pensamos bien, una sola palabra es suficiente. La palabra "Padre" es suficiente. Oremos, pues, al Padre, reconociéndolo efectivamente de este modo. Más que pedir por esta necesidad o la satisfacción de esa necesidad, pidamos al Padre que sea Padre. En Jesús, todo está marcado por esta conciencia de filiación. Y así debe ser en nosotros. La coreografía de la conversión pascual consiste en asumir esta verdad.



El año litúrgico, arquitecto y escultor del discípulo

Pilar Avellaneda, ccsb

Monasterio de las Huelgas (Burgos)

Los que no nos movemos en el mundo de las teorías, sino que caminamos por la senda de la vida buscando el rostro de Dios, hemos aprendido a lo largo de los años a percibir las huellas de Dios en las cosas pequeñas y cotidianas, que después llevamos a la meditación, y una vez rumiadas, nos alimentan y dan orden a la actividad de cada jornada.

Cada día, liturgia y vida consagrada, intrínsecamente vinculadas, son el recuerdo de la primacía del Evangelio en nuestras vidas, y signo de lo esencial en la vida de la Iglesia. Esto conlleva un empeño diario por dar prioridad a la escucha de la Palabra, y al gesto litúrgico, constantemente reavivado. No puede haber una Iglesia viva y una liturgia cansada; como tampoco puede haber

una Iglesia en salida y una liturgia en retirada¹ (rutinaria y repetitiva).

Por mucha buena voluntad que tengamos, la reiteración de tiempos litúrgicos, de palabras y gestos siempre iguales en la liturgia, nos mete en una pasividad rutinaria, hasta convertimos en consumidores de ritos litúrgicos vacíos de fuerza vital.

Para salir de esta rutina vamos a ver el espíritu que mueve nuestras asambleas litúrgicas.

EL ESPÍRITU DE LA SINODALIDAD CRISTIANA

La asamblea litúrgica es la experiencia cotidiana sinodal de la Iglesia; de hecho de la liturgia vivida, se dibuja el espíritu de la sinodalidad cristiana, que no es un simple caminar juntos, sino que es un “ser juntos” Evangelio celebrado. Por eso creo que es urgente, en los que tenemos la dicha de ser cristianos, renovar la experiencia del año litúrgico como evangelización de nuestras propias consagraciones.

Sí, realmente la liturgia es el Evangelio para nuestros sentidos: palabras, gestos, posturas, cantos, música, actitudes interiores, expresiones exteriores, vestiduras... todos signos concretos llenos de espesor evangélico, pero que muchas veces se nos escapan por nuestras distracciones e inercias.

Simplemente la señal de la Cruz, para iniciar cada liturgia, nos pasa desapercibida de tanto como la repetimos. Sin embargo es recuerdo de nuestro bautismo, de nuestro nacimiento a la vida de hijos de Dios. Es un sí al Dios que gobierna con la humildad del sufrimiento y el amor hasta el

extremo. Es profesión de fe en Aquel que murió por mí y resucitó. Es la señal que nos indica el camino a seguir cada día. Al hacer la señal de la Cruz nos ponemos bajo su protección, la aceptamos como un escudo que nos protege en las tribulaciones de cada día y que nos da valor para seguir adelante.

Todas nuestras palabras y gestos litúrgicos deben ser atravesados, y marcados por el principio evangélico de “dar vida y vivificar” a una asamblea, por encima de cualquier otro criterio estético. La belleza de la liturgia cristiana proviene de ser Evangelio, verdadero pozo donde saciar la sed de cada corazón, y de tanta tierra sobreexplotada —y reseca— como es la vida consagrada en estos momentos que estamos viviendo.

La aceleración en la que vivimos hace que el hombre se sienta “colocado en la historia”, pero sin adherirse al tiempo. Y esto se nos filtra también entre los consagrados, con la misma facilidad con la que se cuela el humo por las rendijas, de forma que todo huele a “chamuscado”. Muchas personas experimentan que la velocidad les devora, sin prestar atención —ni darse cuenta— que el tiempo está habitado por Dios, es más, el tiempo está acompañado por Dios, según las palabras verdaderas de Jesús: “Yo estoy con vosotros todos los días” (cf. Mt 28, 20). Es bueno que paremos y nos preguntemos:

¿Hacia dónde corremos tanto?

El hombre no está llamado a vagabundear sin rumbo, esperando la llegada de la muerte, que en el fondo pensamos que

cuanto más tarde mejor. Estamos llamados a tener una vida plena, pero la aceleración vacía de sentido nuestras actividades y nos

Todas las palabras y gestos litúrgicos son para “dar vida y vivificar”

cansa sobremanera. Y en muchos de nosotros, el querer cubrir tantos servicios como cuando nuestras comunidades eran jóvenes y numerosas, está quemando a las personas. Este abismo de sin sentido nos está acechando constantemente a todos.

¿Qué podemos hacer? Es el interrogante que está sentado en el fondo de todos los que perciben esta verdad, cada vez más patente. ¿Qué podemos hacer? Estoy convencida que reno-

var constantemente, y sin desfallecer, nuestra vivencia del año litúrgico, es uno de los modos que tenemos para revitalizar nuestro “ser juntos” Evangelio celebrado. Lo primordial no es la belleza estética de las celebraciones, lo primordial es este “ser juntos” que con frecuencia descuidamos.

Para esta renovación de nuestra liturgia, repetida año tras año, vamos a profundizar en su significado.

EL AÑO LITÚRGICO, ARQUITECTO DEL DISCÍPULO

¿Por qué celebrar el año litúrgico con todas sus etapas? ¿Qué es el año litúrgico? ¿Es quizá la observancia escrupulosa de días, meses, estaciones y años? ¿Hemos abandonado la “espiritualidad” para caer en la “religiosidad” que denunciaban los profetas? [cf. Is 1, 13ss, Am 5, 21].

Nos debemos hacer estas preguntas sinceramente, para no quemar el tiempo del año litúrgico cumpliendo normas, sino que vuelva a ser “tiempo de espera del Señor”, que nos ha dicho volveré y os llevaré conmigo. Que volvamos a “habitar el tiempo”, y no simplemente estemos “colocados” en este círculo repetitivo del año litúrgico,

sino que sea un tiempo que nos labre por dentro.

El año litúrgico es un instrumento a nuestro servicio, que nos permite habitar el tiempo que nos toca vivir, de forma que sea instrumento de la alianza con Dios, espacio de fe para vivir con verdad la alianza con Dios.

No olvidemos que es la fe la que crea la fiesta y el ritmo litúrgico, no los gestos y la belleza musical.

Preguntemos a nuestro corazón: ¿Mi fe está viva? ¿Los misterios que celebro en el presente, operan eficazmente en mi vida? ¿Me van transformando?

Tomemos la figura del arquitecto. ¿Qué es un arquitecto? Si vamos a los diccionarios, el arquitecto es quien “diseña el proyecto de un edificio, y acompaña todo el proceso de edificación, desde la primera idea o germen inicial de la futura vivienda, plasmada en unos planos, hasta la última piedra, es acompañada por él. El arquitecto busca crear hogares con alma, no solo viviendas. Y controla que todo se haga según el proyecto, y rectifica en el proyecto algo que —sobre la marcha de la construcción— sea necesario cambiar. En virtud de estos “cambios inesperados” es su continua supervisión de la construcción”.

El año litúrgico eso es lo que hace en nosotros, diseña y acompaña la edificación del “ser discípulo de Jesús” en nosotros. No somos personas “colocadas” al azar en esta comunidad concreta, sino que hay un diseño de Dios que quiere realizar en nosotros, una obra bellísima en nosotros, y en nuestras comunidades, a través de la vida litúrgica y en la sucesión del Adviento, la Navidad, la

No somos personas colocadas al azar en una comunidad, hay un plan de Dios

Cuaresma, la Pascua y el Tiempo ordinario. Todo este ciclo va haciendo en nosotros un templo y en nuestra comunidad una “casa de oración”.

¿Nos lo creemos? En el día a día ¿nos lo creemos? ¿Qué diseño inició Dios con nosotros y que aún no ha terminado? Es importante que hagamos este humilde descenso dentro de nosotros y respondamos sincera-

sitamos cuidar —a diario— nuestras celebraciones.

Es importante —en mi experiencia— este “a diario”, vamos a verlo.

UN GRITO ORANTE CADA DÍA

Hay un grito orante cada día, una invitación, que es la piedra angular, y el cimiento de toda la jornada litúrgica, por muy pobre



mente. Si descuidamos nuestra vivencia de las celebraciones litúrgicas —a diario—, el edificio del discipulado empieza a tambalearse, y corremos el riesgo de perder el sentido de nuestra vida y no sabremos hacia dónde caminamos.

Entonces comenzamos a poner toda la fuerza en nuestras obras, en nuestros quehaceres, con la excusa de que servimos a los hermanos y de entregar la vida. Pero si la Vida de Dios no está viva y operante dentro de nosotros, ¿qué Vida vamos a dar? Nece-

y sencilla que sea, y que de tanto repetirlo lo solemos decir rutinariamente, sin prestarle atención, pero que es fundamental, dice así: “Si hoy escucháis su voz, no endurezcáis el corazón” (Sal 95 (94), 7). [Ojalá escuchéis hoy su voz, dicen otras traducciones]. Es la antífona del salmo invitatorio que nos marca el comienzo del día.

La fuerza del “Hodie”, del “Hoy” que grita el orante, está en que este “Hoy” se convierta ya en respuesta de “Amén” en la vida diaria, “Amén” al susurro continuo de Dios en todos

los momentos del día y en todas las celebraciones. La fuerza de este “Hoy” es para aguzar el oído, espabilarlo si ando distraído en mil cosas. Si ando ensimismado en mis preocupaciones, en las urgencias del momento, cogido por mis impaciencias, será difícil que, cuando la voz de Dios resuene cada vez que la asamblea celebra la liturgia, yo sea un orante dispuesto a escuchar, teniendo un oído atento de discípulo, dócil a poner en práctica lo escuchado.

Por el bautismo –y por la profesión religiosa– nos hemos dispuesto a seguir al Señor y a estar con Él, es decir, a involucrarnos en toda la vida de Jesús, entonces: ¿qué nos ha pasado? ¿Por qué tanta tibieza en nuestro seguimiento del Maestro? El ritmo litúrgico está dispuesto a nuestro servicio, para posibilitarnos compartir el misterio de Cristo: desde su éxodo del Padre y nacimiento, hasta su crecimiento, vida oculta y anónima, bautismo, ministerio público, pasión, muerte, resurrección, exaltación a la derecha del Padre e intercesión ante el Padre por nosotros.

¿Por qué muchas veces las celebraciones se nos pasan y no calan en nuestras vidas?

Creo que hemos perdido esa fuerza del “Hoy” porque no lo hemos unido a la fuerza del “Amén”. No hemos unido escucha y acción, y sin embargo es fundamental unirlos. Solo tengo en mis manos el presente de este “Si Hoy”, y del “Amén” a lo que cabo de cantar, proclamar y orar. Pero a menudo estamos preocupados por el mañana, o dando vueltas a lo que ya ocurrió ayer, de manera que el presente se nos escapa. Renovemos seriamente nuestra escucha de Dios en las celebraciones litúrgicas. Necesitamos intensificar el silencio y la guarda en el corazón de su Palabra. En cada celebración se nos ofrece un nuevo caminar para nuestros torpes pasos, un avanzar de inicio en inicio, de liturgia en liturgia, hasta ser verdaderamente “discípulos de Jesús”. Acogiendo este “Hodie”, el discípulo hace del seguimiento de Jesús un caminar “de inicio en inicio, a través de muchos comienzos”, decía Gregorio de Nisa.



Es un engaño refugiarnos en el “ya he comenzado muchas veces una renovación en mi vida y siempre vuelvo a la rutina”. Caminamos de inicio en inicio, tengamos los años que tengamos. Nuestra vida está hecha de muchos comienzos, hasta el final. Pero este reiniciar cada año, no es repetición del seguimiento ya hecho, en un cansado otra vez lo mismo, sino que es la reanudación de un nuevo seguimiento, en un nuevo “Hoy”. Así, conducidos por la Palabra de Dios, que resuena –como una cascada de agua viva– en cada celebración litúrgica, dejamos que el tiempo sea el gran escultor que da forma al hombre de Dios³.

EL TIEMPO, GRAN ESCULTOR DEL HOMBRE

La vida del hombre transcurre en el tiempo. Éste, desde que nacemos, opera en nuestro cuerpo, los años van dejando huella en nuestro rostro, en nuestros huesos, en nuestros ojos, oídos, pies... pero también opera en lo íntimo del corazón, en el hombre interior –en nuestros pensamientos y sentimientos– (cf. Ef 3,16). Podemos decir que el tiempo es el “gran escultor” de nuestras personas.

El escultor –con el cincel– va dando forma a una piedra informe, en una dinámica que no tiene vuelta, el escultor no puede volver sobre su obra a lo anterior, porque la piedra base ya ha sido esculpida y retirada de la obra maestra. Incluso la obra es cada vez más de lo que el escultor pensaba y veía en la piedra primera aún sin esculpir. El mismo escultor va descubriendo con asombro cómo va surgiendo la imagen de la roca informe.

De forma análoga, el año litúrgico es el “gran escultor”, que esculpe en nosotros la forma de discípulo. Podemos decir que realiza una obra de “ablatio”⁴, es decir de quitar y llevarse, que nos va despojando de la vejez que la rutina va depositando en nosotros. De año en año, la liturgia va dando forma en nosotros a un espíritu nuevo y un corazón nuevo, que se va desprendiendo de toda falsa apariencia de seguimiento.

Este es el trabajo del año litúrgico, despojarnos de la vetustez, de lo viejo que está en nosotros, de nuestro hombre interior avejentado por tantos cansancios y lamentos, y hacernos siempre “nuevos”, más vitales en el corazón de nuestro seguimiento.

El ritmo temporal litúrgico despierta nuestro compromiso, refuerza nuestra convicción sobre lo que estoy llamado a vivir en el seguimiento de Jesús, y aviva la atención a la obra de Dios en nuestra vida. Nos hace acoger de frente los días de la historia, como un tiempo que está en manos de Dios y que Él mismo unifica. En sus manos mantiene juntos todos los tiempos vividos y los llena de sentido. Hace brotar un sincero e inmenso agradecimiento por todo lo que nuestros ojos ven de su “hacer”.

El año litúrgico vuelve cada año, pero nosotros no somos los mismos, el camino andado nos hace diferentes.

Realmente las celebraciones del año litúrgico no son solo ocasiones especiales,

para bellas iniciativas pastorales, sino que es el modo en que la Iglesia presenta, ante nuestra mirada, el misterio de Cristo sin velos, en simplicidad, y nos arrastra a rendirnos ante el poderoso actuar de su gracia, que fortalece la experiencia de fe cotidiana.

El ritmo litúrgico necesita simplicidad y claridad

Es la fe –viva y enamorada– la que hace posible la fiesta de la liturgia, es la que da cauce al ritmo del tiempo, porque si no el año litúrgico se debilita y diluye. El ritmo litúrgico necesita simplicidad y claridad, para dar ocasión de adhesión al Señor, para dar ocasión a encontrar las huellas dejadas por Dios para nosotros, y seguir las con la sencillez de un niño que da los primeros pasos, y ciertamente –quien reposa sobre el Evangelio, escuchado, cantado, orado– extrae sus tesoros y cimenta la vida sobre roca firme.

De esta forma, el tiempo esculpe de modo indeleble todo nuestro ser, y el ritmo litúrgico determina la acción que nos hace conformes al hombre verdadero, Jesús de Nazaret. Creo firmemente que Dios no desprecia el tiempo, lo ama como ama la tierra, por eso utilizada el año litúrgico para abrir nuestros días a la eternidad de su amor paciente.

Pero ¿qué es lo que el “gran escultor” ha de quitar de viejo en nosotros?

ESCULPIR EL HOMBRE VIEJO

El año litúrgico quiere esculpir en la Iglesia la piedra del “hombre viejo”, para dejar al descubierto el “hombre nuevo”, creado según la forma de Cristo.

Las celebraciones litúrgicas de todo el año son un modo de oración cristiana. Para el cristiano, rezar no significa salir de la historia y retirarse en el rincón privado de la propia felicidad. El modo apropiado de orar, dice S. Agustín, “es un proceso de purificación interior, que nos hace capaces de Dios y –precisamente por eso– capaces también de los demás”³⁵.

Esta purificación es un ir deshaciendo “los nudos de iniquidad” que hay en nuestros corazones, y que las celebraciones litúrgicas deshacen con una sencillez enorme, pero con eficacia. Podemos nombrar cuatro



nudos de iniquidad: el vinagre, las mentiras, el egocentrismo y la ausencia de convicciones vivas.

Vamos a detenernos en cada uno para ayudarnos a aterrizar en lo concreto.

QUITAR EL VINAGRE

Dice San Agustín de la oración: “Imagínate que Dios quiere llenarte de miel [símbolo de la ternura y la bondad de Dios]; si estás lleno de vinagre ¿dónde pondrás la miel?”. El vaso, es decir, el corazón tiene que ser antes ensanchado y luego purificado, esto es: liberado del vinagre y de su sabor.

Una de las tentaciones más serias, que ahogan el fervor y la audacia, es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados, con cara de vinagre (EG 85), dice el papa Francisco. La cara refleja el vinagre que hay en el corazón. Son tantas las malas noticias que a diario escuchamos, y tantas las dificultades que afrontar en nuestras comunidades, que



comenzamos el día ya derrotados, antes de iniciar la lucha diaria.

No toleramos fácilmente lo que significa una contradicción, un aparente fracaso, una crítica, una mínima cruz (EG 82). A veces nos empeñamos en sostener proyectos irrealizables, con pocas personas, y andamos apurados queriendo hacer más de lo que podemos, en vez de vivir con ganas lo que buenamente podamos hacer (EG 82), aunque tengamos que renunciar a nuestros esquemas. Así, la fe se va desgastando, hasta degenerar en mezquindad. Y desilusionados con la realidad, con la Iglesia, y con nosotros mismos, nos instalamos en un cansancio interior que apolilla la vida.

El año litúrgico nos devuelve la mirada creyente, que reconoce la luz que siempre derrama el Espíritu Santo en medio de la oscuridad y de las dificultades. La fe puede vislumbrar el vino en que puede convertirse el agua de nuestro diario vivir. Cada celebración litúrgica nos descubre el trigo en medio de la cizaña. Y aún con la conciencia

de nuestras propias fragilidades, podemos seguir adelante, porque descubrimos nuevamente la alegría de creer y el sentido de seguir luchando. Así, poco a poco va desapareciendo el vinagre de nosotros, para dar cabida a la miel de la Palabra de Dios.

Otro nudo de iniquidad –del que somos liberados– son las mentiras.

LIBERARNOS DE LAS MENTIRAS

Todo el ciclo del año litúrgico nos va liberando de las mentiras ocultas con que nos engañamos a nosotros mismos. Dios las escruta en el ritmo litúrgico, y la confrontación con Dios obliga a la persona a reconocerlas. El encuentro con Dios en cada liturgia despierta mi conciencia, para que esta no me ofrezca más una autojustificación o la ilusión de mi inocencia, siempre culpando a los demás.

Muchas veces vivimos a la defensiva, como desconfiando de todo y de todos, sin creer de verdad en la fraternidad, de vuelta de todo y escarmentados. Pero en cada celebración, el Evangelio nos invita de nuevo a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro. Este es el corazón de la sinodalidad. La “mística de vivir juntos” (EG 87) que dice el Papa, con todo el dolor que suponen los reclamos de los otros, y las renunciadas a mis gustos y a mis urgencias.

El aislamiento del individualismos es la gran mentira que hace caer el año litúrgico, pedazo a pedazo. El aislamiento no nos conduce a Dios, porque no humaniza a nadie, y nuestro Dios es un Dios encarnado.

Cuando caemos en el engaño de querer quitarnos de encima a los demás, o escapamos de un lugar a otro, o de una tarea a otra, para satisfacer el vacío interior que tenemos, viene en nuestra ayuda cada celebración litúrgica, nos muestra la mentira que esto encierra, y nos invita o nos atrae a una rela-

ción comprometida con Dios, que compromete con los hermanos y fortalece nuestros vínculos comunitarios deteriorados. Cuando recibimos agresiones injustas, o ingratitudes, el año litúrgico nos enseña también a sufrir en un abrazo con Jesús crucificado, sin cansarnos de optar por la fraternidad y el perdón (EG 91), a pesar de todos los obstáculos que tenemos para ello.

Otro nudo de iniquidad que deshace el año litúrgico es el egocentrismo.

NUNCA SOLOS, NUNCA EGOCÉNTRICOS

La tempestad de la pandemia nos ha mostrado –no lo olvidemos– cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida, y a nuestra comunidad: el amor y la unidad. Las consecuencias de la pandemia está poniendo al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos: la mutua pertenencia. ¡Cuántas tentativas de anestesiar la vida con aparentes rutinas “salvadoras”! Se ha caído el maquillaje de los estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos, siempre pretenciosos de querer aparentar, nos decía el Papa en la primera ola de la pandemia.

Nadie puede pelear la vida aisladamente. Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude a caminar, y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia adelante.

Perdemos el tiempo cuando analizamos y clasificamos a los demás, cuando miramos desde arriba y de lejos a la comunidad, cuando descalificamos a quien nos cuestiona nuestro proceder,

cuando destacamos los errores ajenos y vivimos obsesionados por las apariencias.

El año litúrgico, con toda su riqueza de Palabra de Dios y plegarias, nos sana de esta mundanidad asfixiante, haciéndonos tomar el gusto al aire puro del Espíritu Santo. Nos levanta de centrarnos en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios, y nos llena el corazón de Evangelio (EG 97). De verdad es urgente: ¡Seamos juntos Evangelio celebrado! ¡Ayunemos de autocentrismo!

Y hay un cuarto nudo de iniquidad que deshace el año litúrgico: la ausencia de libertad.

LA AUSENCIA DE CONVICCIONES VIVAS Y LIBERTAD

“El recto estado de las cosas humanas, el bienestar moral del mundo, nunca puede garantizarse solamente a través de estructuras, por muy válidas que sean estas. Dichas estructuras, no solo son importantes, sino necesarias... Pero incluso las mejores estructuras, funcionan únicamente cuando en una comunidad existen unas convicciones vivas, capaces de motivar a los hombres, para una adhesión libre al ordenamiento comunitario. La libertad necesita una convicción; una convicción no existe por sí misma, sino que ha de ser conquistada comunitariamente siempre de nuevo... Y la libertad debe ser conquistada para el bien una y otra vez” (Spe Salvi 24)⁶.

Atención a esta libertad, que no es conquista propia de cada individuo, sino que es conquistada comunitariamente, ayudada de una convicción, que nos motiva a adherirnos al ordenamiento

**Lo poco que tenemos si lo
compartimos con amor no
se acaba nunca**

comunitario. Adherirnos al bien común, no al propio bien. Y según los pasos que da la comunidad, no mis propios pasos.

El mundo entero, y nosotros también, estamos heridos por un cierto individualismo que nos esclaviza, nos divide, y nos enfrenta unos a otros, en pos del propio criterio y del propio bienestar.

Pero estamos todos en la misma barca y vamos hacia el mismo puerto (EG 99). El año litúrgico aviva en nosotros esta convicción, nos aún a cuando nosotros nos enfrentamos. Cada liturgia celebrada nos grita: ¡No te dejes vencer por el mal! ¡Vence al mal a fuerza de bien! ¡No te canses de hacer el bien! ¡a su tiempo cosecharás, no te canses!

Y cuando nuestra acogida es sincera, va desapareciendo la esclerosis del corazón, van cayendo las resistencias, los rencores, las desconfianzas, y va surgiendo en nosotros, y en la comunidad, un corazón nuevo y un espíritu nuevo.

¡Dejemos actuar al Señor en nuestras celebraciones! Esta obra de Dios es verdad, no son frases bonitas. Necesitamos abrazar esta verdad como una convicción viva en nuestro día a día, y estar en la liturgia como un niño en brazos de su madre, sosegados en el amor maternal de la Iglesia, y el amor necesita de tiempo y de calma, necesita de una parada sabia, de mucha escucha, y de mucho bajar a la práctica cotidiana. No burocraticemos la escucha, quedándonos solo en un estéril oír como quien oye llover. Escucha y praxis van unidas. Nunca las separemos.

El tiempo litúrgico viene en nuestra ayuda, liberando nuestra existencia de todo lo que la abarrotta, incluso la saturación de información que muchas veces tenemos, para poder escuchar a Dios que habite en nosotros.

Volvamos a dirigir nuestra mirada a la paciencia de Dios, que sigue cuidándonos. Dios hace nuevas todas las cosas, y aunque atravesamos grandes dificultades, en donde todo parece frágil e incierto, tengamos esperanza. Parece provocador decir esto en los tiempos que corren. ¿Dónde vamos a encontrar esa esperanza? Pues precisamente en el recogimiento y el silencio de la oración es donde se nos da la esperanza como inspiración y luz interior, que ilumina los desafíos y las decisiones que tenemos ante nosotros. Por eso es fundamental recogerse en oración, y encontrar en la intimidad al Padre de la ternura.

Desde este encuentro podemos caminar en la caridad, que es el impulso del corazón que nos hace salir de nosotros mismos, y suscita en nosotros el vínculo de la cooperación y de la comunión. Lo poco que tenemos, si lo compartimos con amor, no se acaba nunca, sino que se transforma en una reserva de vida y de felicidad.

No malgastemos el tiempo, herramienta bellísima de Dios. Reavivemos nuestra experiencia litúrgica, vivamos a través de todo el ritmo litúrgico este “ser juntos” Evangelio celebrado, y alimentemos con nuestras reflexiones e ideas, el encuentro real con Dios en cada liturgia y en cada gesto. ¡Así sea! 

1 Cf. E. BIANCHI, “El Evangelio celebrado” en: E. BIANCHI - G. BOSELLI, *Vivir y Celebrar el tiempo*, Dosiers CPL 151, Barcelona 2019, 13.

2 Cf. GREGORIO DE NISA, *Homilías sobre el Cantar de los Cantares*, 8, PG 44, 941C.

3 Cf. M. YOURCENAR, *Il tempo, grande scultore*, Torino, Einaudi 1985.

4 Ablatio= quitar, llevarse.

5 SAN AGUSTÍN, *In 1Joannis* 4,6. Citado en Spe Salvi n. 33.

6 BENEDICTO XVI, *Spe Salvi*, (30 de Noviembre de 2007).



Una formación que responda a los desafíos actuales

Mª ROSAURA GONZÁLEZ CASAS, stj

PROFª PSICOLOGÍA. P. UNIV. GREGORIANA.
RESPONSABLE DE LA COMISIÓN DE CUIDADO Y
PROTECCIÓN DE MENORES DE LA CLAR.

El proceso formativo de las etapas iniciales ayuda a transitar a las y los jóvenes que se plantean la llamada de Dios a la vida consagrada hacia una experiencia de vida en una comunidad concreta. La formación permanente tendría el objetivo de ayudar a los miembros de la comunidad a mantener vivo el amor del sí que se le ha dado a Jesús y a la comunidad eclesial en la profesión perpetua. De forma que la vida cotidiana se vaya transformando en una presencia viva de Jesús que se entrega totalmente hasta la muerte con la esperanza de la resurrección final.

En el actual contexto histórico eclesial podemos decir que el gran desafío que tenemos que afrontar versa sobre la forma de ejercer la autoridad tanto en la comunidad como a nivel sistémico institucional; el clericalismo, los abusos de poder, de conciencia y abu-

sos sexuales. Esta forma de ejercer la autoridad está en relación con el reto de tejer juntos una sinodalidad en la que participen todos los miembros de la Iglesia. Estos dos cuestionamientos piden una profunda conversión personal e institucional que no podemos dejar fuera de la formación. Añadimos las interpelaciones que a nivel mundial se han hecho más graves; las causadas por la pandemia de SARS Covid 19, como las causadas por guerras y los malos gobiernos como son los migrantes, la violencia intrafamiliar, la dependencia de la pornografía y la adicción a los MCS, así como la distribución desigual de los bienes para la salud, vivienda y trabajo. Si a todo esto le sumamos el grito de la tierra debido a la explotación desmesurada que hemos hecho de ella, no podemos dejar de escuchar en lo más profundo de nuestros corazones una llamada

a crear juntos y a dejarnos formar en la cultura del cuidado que debería ser uno de los principales objetivos de la formación. Las dos líneas transversales que ayudarían a conseguir este objetivo tendrían que ir en esta dirección: a) La aceptación de la vulnerabilidad a nivel personal, de los otros, de nuestras propias Instituciones, así como la vulnerabilidad de nuestro planeta.

b) La formación de actitudes inclusivas que nos ayuden a tejer el sueño de la sinodalidad entre hombres y mujeres.

Los puntos concretos a trabajar:

- El conocimiento personal, las relaciones empáticas en la comunidad y en la misión, la formación afectivo sexual que considera el cuerpo y nuestra corporeidad en toda experiencia personal, relacional y apostólica.

- La formación de juicio crítico a través de una sólida formación humana y teológica que se afina y agudiza en el intercambio, expresión y confrontación de las propias opiniones.

- La formación y el ejercicio del discernimiento y del diálogo en particular en la forma de ejercer la Autoridad-Obediencia.



La anormalidad de los normales (II)

“Parece que lo sin está de moda. También en el campo de la Iglesia hay muchos cristianos sin convicción, sin alegría y sin compromiso”

Gonzalo Fernández Sanz, cmf

¿OTRA VIDA COMUNITARIA ES POSIBLE?

Tradicionalmente, hemos considerado que la profesión de los votos de castidad, pobreza y obediencia y la vida comunitaria expresaban de manera inteligible esta tensión. ¿Sigue siendo así o estos símbolos de nuestra consagración a Dios se han vuelto hoy en día casi jeroglíficos?

Empecemos por el gran símbolo de la vida comunitaria. En un contexto social marcado por el individualismo, la soledad rampante, la multiculturalidad y los conflictos de todo tipo, la vida comunitaria debería ser un laboratorio de una sana vida relacional e intercultural, basada en valores compartidos y generadora de prácticas saludables y humanizadoras. Creo que en muchos casos lo está siendo, con el realismo que imprime nuestra frágil condición. Pero siempre me ha llamado la atención que una de las causas más invocadas por los jóvenes y adultos que abandonan la vida religiosa es precisamente la deficiente vida comunitaria. Quizá nos hemos ido cansando de algunos medios que hace décadas se revelaron eficaces (proyecto comunitario, retiros, revisión de vida, etc.) y nos hemos ido acostumbrando a relaciones corteses (pero superficiales), a actos repetidos (pero con poca alma), a colaboraciones funcionales (pero con escaso sentido de cuerpo para la misión), a informaciones rápidas sobre lo que hacemos (pero sin un verdadero discernimiento) y a un “distanciamiento social” que la pandemia no ha hecho sino sancionar con argumentos médicos y rellenar con entretenimientos digitales. En los

dos últimos años Zoom y Netflix han sido asignaturas de obligado cumplimiento.

La vida comunitaria se parece cada vez más a la convivencia que puede darse en muchas familias contemporáneas: serena y tolerante en las formas y pobre en el fondo. Los miembros se respetan y se aprecian (lo que no es poca cosa), pero hace tiempo que han renunciado a involucrarse a fondo en la vida de los demás. El esfuerzo psicológico requerido parece no verse recompensando por los escasos frutos que se producen.

En estas circunstancias, quizás un poco exageradas, ¿cabría imaginar una vida comunitaria anormal? La teología de la vida comunitaria ha puesto ya cimientos a esta novedad y ha sugerido pistas. Basta releer el documento *Congregavit nos in unum* (La vida fraterna en comunidad) del ya lejano 1994 y las numerosas alusiones a la vida comunitaria en otros documentos magisteriales más recientes. No es tanto un problema de visión teológica cuanto de pedagogía y quizá de liderazgo. Urgidos por los compromisos pastorales (en el caso de las congregaciones apostólicas) y por las cambiantes circunstancias sociales, no son ya imaginables comunidades de estricta observancia en las que todos los miembros se ajusten a pautas comunes y cifren la anormalidad en la repetición rigurosa de actos a golpe de reloj.

Pero quizá lo que se necesita es algo tan anormal como un esfuerzo inicial por compartir las biografías de los miembros (incluyendo sus perfiles psicológicos) para comprender un poco mejor nuestras grandezas y miserias, los

El problema no es de visión teológica sino de pedagogía y liderazgo

puntos de luz y los ángulos ciegos, lo que puede favorecer y lo que de hecho dificulta la vida en común. Darlo por supuesto o dejarlo a las interacciones espontáneas que se dan en el día a día suele significar privarse de un punto de partida imprescindible para construir un nosotros realista y maduro.

En segundo lugar, me parece expresión de la nueva anormalidad tomarse un tiempo prolongado (no la ficción de algunas reuniones marcadas por las prisas) para discernir juntos un proyecto de vida y de misión que articule bien las diversas dimensiones de la vida reli-

giosa, desde la oración en común hasta la vida fraterna, la formación permanente y la tarea evangelizadora. En ese discernimiento caben expresiones de vida comunitaria anormales que ya se están dando en algunos institutos: comunidades interculturales y a veces

intercongregacionales, convivencia con laicos que comparten la misión, acogida de inmigrantes y personas sin hogar, conexiones digitales con los miembros ausentes, etc.

tes, etc.

Lo que de verdad importa no es lo que podamos hacer juntos (novedoso o tradi-

No es qué hacemos, sino qué vivimos y qué discernimos juntos



cional), sino el hecho de que sea fruto de un verdadero proceso de discernimiento, de un camino sinodal. En tiempos de individualismo, este destino compartido es algo perfectamente anormal, exigente y hasta hermoso. Si además incluye la convivencia saludable entre personas de diferentes etnias, lenguas y culturas (como ya es normal en la vida religiosa europea), entonces la comunidad religiosa se convierte en parábola de las sociedades interculturales hacia las que caminamos.

LOS VOTOS SIGUEN SIENDO ANORMALES

Sobre los votos abunda la literatura teológica, pedagógica y espiritual. Me limito a compartir algunas pinceladas rápidas. No sé si el ambiente social está preparado para entender, por ejemplo, la continencia sexual de un grupo de personas célibes (me temo que en muchos casos no), pero lo que siempre resultará interpelante es la capacidad de situarnos en las fronteras afectivas que la mayoría de la población no quiere visitar por temor, ignorancia o indiferencia. Resulta anormal que, en tiempos de distanciamiento social, practiquemos la pastoral de las distancias cortas, que visitemos a los ancianos que viven solos, acojamos a algunos inmigrantes en nuestras casas, nos sentemos a hablar con personas homosexuales discriminadas, seamos sensibles a la situación de las mujeres maltratadas y a los menores abandonados, no tengamos reparos en dialogar con agentes sociales que nos critican, etc. Es probable que muchas personas no perciban una conexión directa entre estas conductas y el llamado voto de castidad, pero me parece que todas ellas son una expresión inteligible de lo que la teología dice y la psicología corrobora: que cuando

se asume la castidad “por el reino de los cielos” se dilata nuestra capacidad de amar y alcanza, sobre todo, a las personas que están en las periferias existenciales. ¿Es esto normal?

Casi nadie se cree que seamos pobres cuando ven muchos de nuestros monasterios, conventos, casas e instituciones. Es muy difícil explicar la pobreza evangélica con una tabla de Excel. Quizá incluso es mejor no intentarlo, aunque en alguna ocasión una buena demostración numérica no vendría mal para deshacer malentendidos. La anormalidad en este terreno pasa, sobre todo, por la sobriedad y la solidaridad. El primer término enlaza con lo que algunos movimientos sociales persiguen hoy: una vida sobria y sostenible como alternativa al estilo consumista que nos despersonaliza y contamina el planeta. Es, por lo tanto, algo anormal (por ser minoritario) e inteligible (por conectar con una tendencia social en alza).

El segundo tiene que ver con nuestra cercanía afectiva y afectiva a los más necesitados. ¿Cuántos inmuebles, por ejemplo, en situación de lucro cesante, podrían ser donados o utilizados para fines sociales? La solidaridad asume también otras muchas expresiones ligadas a las necesidades de los diferentes contextos. La pandemia ha acentuado algunas de las pobreza que ya existían antes. En cualquier caso, lo anormal de ser pobres pasa por ser netamente solidarios y por desapegarnos de hábitos consumistas.

Si en algo hemos avanzado en las últimas décadas es en un estilo de vida más libre y hasta desenfadado. Los críticos de la vida religiosa dicen incluso que nos hemos asilvestrado un tanto y que cada uno hace de su capa un sayo. Puede que también en este campo el individualismo moderno esté

haciendo de las suyas entre los religiosos, pero la verdad es que nos hemos liberado de inútiles infantilismos y dependencias enfermizas, si bien la Santa Sede ha advertido últimamente de patologías recurrentes en relación con el ejercicio de la autoridad en algunos institutos.

En el campo de la obediencia, la anomalía viene de un nuevo modo de ejercer el liderazgo (término que en ámbitos anglosajones se prefiere al más latino de autoridad) y de vivir este voto como disposición para entregar la propia vida al servicio de una misión compartida, la “misión de Dios”. Más que actuar como francotiradores de la misión, lo anormal -y, por tanto, lo interpellante- es sabernos parte de un cuerpo y aprender a articular nuestras aportaciones, aprovechar sinergias y ofrecer un rostro compartido.

Hay una cierta anomalía que se lleva en el vestido (casi todas las nuevas fundaciones han desempolvado los hábitos), en el lenguaje, en el tipo de vivienda o en los ritmos de vida, pero hay otra que va más al fondo: implica una manera diferente de entender la vida, de situarnos ante el misterio de Dios, ante los demás, ante la creación y ante la historia. Si no está acompañada de signos externos muy visibles, entonces se debe mostrar con actitudes inequívocas. No es grave un cierto minimalismo simbólico con tal de que las realidades fundantes sean claras y compartidas. Lo que sí es grave es confundir la encarnación con la mundanización, la cercanía a la gente con la asimilación de estilos de vida, la discreción con la invisibilidad, la misión compartida con el abandono de la propia identidad.

No estaría mal que los viejos institutos mirásemos con empatía a los nuevos para

dejarnos estimular por su redescubierta anomalía y que los nuevos se dejaran enriquecer por la sabiduría de los de vieja data. Evitaríamos lastres, errores y descuidos. Todos saldríamos ganando. En este campo, el orgullo y la autosuficiencia de unos y otros no llevan a ninguna parte. Todos estamos llamados a ser anormalmente normales.



Si algo puede aportar hoy la vida religiosa a la Iglesia y a la sociedad europeas es el tesoro de muchos ancianos que, tras haber surcado con paciencia y algunos sobresaltos las aguas revueltas de las últimas décadas, han madurado una existencia serena, sabia, compasiva y bienhumorada. Este tesoro es de una anomalía contagiosa. Nunca la vida religiosa ha sido tan estadísticamente anormal. Puede seguir siéndolo proféticamente si no se deja vencer por la tentación de una normalidad asfixiante. 



¿Buscamos otro algoritmo?

Jorge A. Sierra

HERMANO DE LA SALLE

DELEGADO DE PASTORAL DEL DISTRITO ARLEP DE ESPAÑA Y PORTUGAL

Algoritmo es una palabra que solo se usaba en el mundo de las matemáticas... hasta que se ha puesto tan de moda que es raro el día en el que no salga alguna noticia que nos hable de los famosos algoritmos que –cada vez más– parece que nos gobiernan. Con un poco de malicia me atrevo a pensar que muchos de los que usan esa palabra no saben bien de qué están hablando, eso sí...

Un algoritmo es una serie de líneas de programación, de pasos y etapas, para resolver un problema. Sin usar la palabra nos han enseñado cientos de ellos en el colegio: para hacer operaciones, análisis sintácticos... hasta una receta de cocina detallada puede ser un algoritmo. El problema viene cuando este protocolo está tan elab-

orado que es capaz de predecir, por ejemplo, lo que queremos comprar. El algoritmo de una red social, por ejemplo, puede mostrarnos solo los resultados que cree nos van a gustar, sesgando la información por interés, porque los algoritmos están programados por personas. Hace poco, hablando de estas cosas con un equipo pastoral surgió la idea de que, si un algoritmo podía gobernar una vida, tal vez el algoritmo de un Fundador, como san Juan Bautista de La Salle, había sido buscar la voluntad de Dios y su confianza en la Providencia. Nos pareció una metáfora evocadora para acompañar la reflexión.

Pero la pregunta es aún más sugerente si pensamos en cuál es el algoritmo que gobierna nuestra existencia como vida consagrada. Es

interesante porque obliga a pensar en por qué hacemos las cosas, en qué pasos “lógicos” nos llevan a ser, actuar y vivir como lo hacemos. ¿Es la voluntad de Dios, como en nuestros Fundadores? ¿Es la eficacia, el trabajo, el no parar? ¿Es el “siempre se ha hecho así”? O peor aún, ¿es la inercia, la ausencia de impulso?

Frecuentemente me pregunto qué nos estará queriendo decir Dios en nuestra realidad actual de reducción y reubicación de lo fundamental. Sin duda es una oportunidad, como lo son todas las crisis, pero a veces nos cuesta no dejarnos llevar por la corriente (tampoco estamos tan lejos del resto de la sociedad gobernada y manipulada por algoritmos). ¿Será el momento de buscar en serio el nuevo (o quizás antiguo) algoritmo?



Tomando impulso

DANIELA CANNAVINA

CAPUCHINA DE LA M. RUBATTO. SECRETARIA GENERAL DE LA CLAR

La luminosa Mafalda, en una de las tiras de los comics del reconocido Quino, acostada y con la mirada en alto, reza: “Y por favor... que se encuentre la cura para las deficiencias en la glándula de la coherencia humana”. Parece ser que esta glándula, se encuentra obstruida por quién sabe cuantas historias del pasado y cuántas más aún del presente. ¿Cómo hacer para que se vea liberada y sea cause de bienestar para sí y el entorno?

En este tiempo oportuno, a los seguidores de Jesús, se nos invita a vivir con sentido la propia vocación, a recargarla del contenido vital que nos animó a tomar impulso para dar un “sí” de gran talla, en el que las palabras retaceo, mediocridad, desgano, incoherencia, entre otras, no entraban en el diccionario de la Vida Religiosa estrenada.

El sentido (qué, por qué y para qué), nos exigirá en este ciclo vital, el vivir y actuar con coherencia desde una interioridad habitada por el cause de la gracia, manifestado en el propio modo de proceder. La vida misma, desde esa perspectiva angular, será la que se encargue de definir y transparentar con toda propiedad lo que significa profesar y vivir al estilo de Jesús, y la que haga significativa y atrayente a la Vida Religiosa, lejos de la necesidad para ello, de aferrarnos a elementos jurídicos e institucionales para narrarnos. En la connivencia cotidiana con el Espíritu, es donde encontraremos la luz y la *dy-namis*, para que todo sentimiento laberíntico de noche oscura, fronteras cerradas o de ahogos existenciales, en los cuales nos perdemos sin encontrar la salida, se conviertan en una puerta de acceso a nuevas posibilidades,

es decir, se transforme en un reto desafiante y en un redescubrimiento de senderos esperanzadores, que nos ayuden a redefinirnos y recuperar la serena alegría del Evangelio.

Somos de barro y llevamos este tesoro en una frágil vasija que el tiempo se encarga de hacerla más quebradiza, pero también más resiliente a la hora de llenarse del Agua de la Vida, única cura de sus múltiples grietas.

Pidamos a tiempo y a destiempo, la gracia de vivir en plenitud—es decir con sentido— el regalo de nuestra vocación. Mafalda, una vez más levantaría nuevamente los ojos hacia lo alto e imploraría: “Está bien que nos hayas hecho de barro, pero ¿por qué no nos sacas un poquito del pantano?” Una oración confiada, de tú a Tú, no tardará en convertir en milagro nuestro pobre barro. ¡Hagamos que suceda!



Recibir a Dios en la vida

Francisco Javier Caballero, CSsR

Si no hay dos personas iguales, es evidente que no hay dos personas que oren igual. Y, sin embargo, para todas Dios es escucha, diálogo e interlocutor privilegiado.

Presentamos este mes un libro curioso que a nadie dejará indiferente. Su autor es Pedro Sarmiento, miembro del equipo de la Revista Vida Religiosa. Son *101 oraciones minimalistas*. A penas unas líneas en cada uno de los sugerentes capítulos. Es un libro para llevar por la vida, porque expresa, desde la esencialidad, la vida misma vivida con Dios. Es un libro para todos y de todos. De quienes tienen sobre sí el peso de los días y creen que no pueden parar; y de quienes sienten sobre sí el peso de creerse parados y no diferencian los días. Son oraciones de camino. Reflexiones. Máximas que brotan en

el autor desde la contemplación silenciosa de un mundo casi febril que corre y corre.

En las 101 propuestas de oración aparecen los principios del minimalismo sugerentemente propuestos. Es, por tanto, expresión de una intención: el diálogo constante de Dios con el ser humano. Es también un libro de viaje hacia

la esencialidad: las mejores cosas de la vida no se compran, se respiran y reciben. Es una propuesta para volver a una cierta lentitud, que no significa parálisis, sino aprender a mirar, contemplar y ver. Y, finalmente, es un canto a la unidad de vida. Esa unidad es la mejor expresión de la esencialidad. Por eso, las visiones más sencillas; los momentos espontáneos, el transcurrir de los días, el encuentro y la soledad... son y pueden ser, cuerpo de oración.

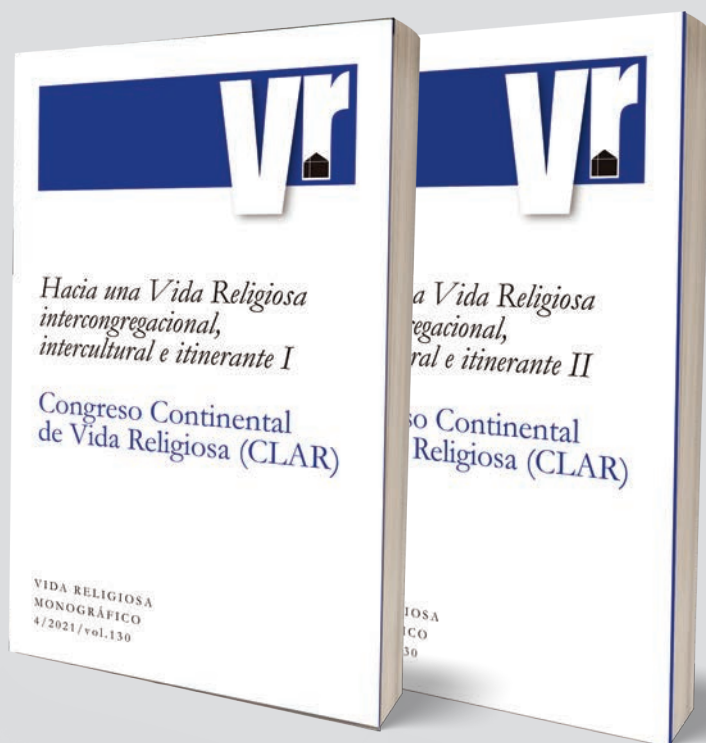
En el prólogo, el autor parafrasea la sugerente expresión de Michel Quoist, afirmando que «orar es como tomar el sol sin pretenderlo». Por eso, de manera pausada, a sorbos, puedes beber en este libro, así, sin darte cuenta, desaprenderás todo lo que te está impidiendo tomar el sol gratuito de Dios que, sin embargo, no deja de poner calor en tu vida.



PEDRO MANUEL SARMIENTO,
101 ORACIONES MINIMALISTAS
PCL, MADRID 2022, 115 pp.

Hacia una Vida Religiosa intercongregacional, intercultural e itinerante

Congreso Continental de Vida Religiosa
(CLAR, 13-15 agosto 2021)



Una vida religiosa con rostro intercongregacional, intercultural e itinerante, es la respuesta que integramos al habitar en la realidad con los **ojos abiertos**.

Es el rostro de los consagrados y nos impulsa a cuidar el **tejido vital comunitario** que nos define:

Dóciles a la escucha activa, a las redes inter,
al pacto comunitario, a la inclusión y
a la horizontalidad.

HIJOS
HERMANOS
PEREGRINOS
CUIDADORES
ADORADORES

SOMOS RELACIÓN SOMOS EN RELACIÓN

Una mirada interdisciplinar
al abanico de relaciones
de la vida consagrada

51ª SEMANA NACIONAL
PARA INSTITUTOS DE
VIDA CONSAGRADA

19-23 | abril
2022



+34 91 540 12 73 | secretaria@itvr.org | itvr.org
presencial y online